

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

AÑO II

✻

MADRID, LUNES, 1 ABRIL 1918

✻

NÚM. 9

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA ESPAÑA ⁽¹⁾

LITERATURA CASTELLANA.—III.

UN hispanoamericano, el único que ha influido de veras en la literatura castellana, ha de ser mencionado aquí, por esta razón, entre los poetas españoles. Nos referimos a Rubén Darío (1864-1916). De él arranca la completa renovación de formas que ha transformado últimamente la poesía española. Como el vocabulario, la métrica se había ido reduciendo y achicando, en torno a la que fijaron en el siglo XVI los italianizantes y perdida la frescura originaria, era lecho de Procusto al que había de ajustarse toda poesía. Raras tentativas de liberación se recibieron con enemistad o con desdén. Por eso cuando Rubén Darío, menos ligado a la tradición que los poetas castellanos, pero conocedor de ella y cultivador excelso, antes y después, de sus formas cardinales, dió en su libro *Prosas profanas* adaptación perfecta de metros que se consideraban exóticos, aunque el alejandrino a la francesa renovaba el de nuestro mester de clerecía, y el endecasílabo dactílico casaba con formas populares, y el verso de nueve sílabas, tenía abolengo en nuestros primitivos cantos líricos, hubo un movimiento de protesta en la crítica oficial y un sentimiento de liberación en los poetas nuevos: a éstos

se les llamó "modernistas", y no a los poetas solamente sino a todos los literatos de que venimos hablando. Tan "modernista" fué Villasespa como Azorín, Pío Baroja como Valle Inclán; lo cual es decir que el modernismo, al encerrar personalidades tan diversas y temperamentos tan encontrados no sentaba una afirmación sino que coincidía más bien en sus negociaciones. Más rápido fué el triunfo de los prosistas, porque en la prosa las transformaciones son menos perceptibles para ese vulgo que empieza en algunos sesudísimos críticos y acaba en los simples lectores, que el de los poetas, aun discutidos con las razones que ya oponía en sus tiempos Cristóbal de Castillejo a Boscán y Garcilaso: que no saben lo que quieren; que dejan lo propio por lo ajeno; que lo nuevo que traen, no es nuevo, otros lo hicieron antes. Los versos polémicos en que Castillejo presenta semejantes objeciones, son altamente instructivos y debieran tenerlos en cuenta todos los que han de juzgar una época literaria de transformación.

Rubén Darío, con sus innovaciones métricas, nos traía una visión nueva; la palabra, para llegar al alma de las cosas asumía mayor virtud poética; el verso concretaba más altas dotes plásticas, ritmo más variado, en sus dos libros fun-

(1) Véanse los números anteriores.

damentales *Prosas profanas* de juvenil y fogoso ímpetu, y *Cantos de vida y esperanza* de reposados y serenos matices otoñales.

Entre los que primeramente siguen a Rubén Darío, al lado de Villaespesa, tenemos a Manuel Machado (n. en 1874), que toma de él y de Verlaine la graciosa versatilidad que le caracteriza y merced a la cual pasa de la evocación de nuestros cantares de gesta al más frívolo y frágil siglo XVIII, de la anotación rápida, impresionista, de nuestro vistoso espectáculo nacional a la confesión dolorosa de una mísera humanidad, en que reviven, por momentos, las torturas de un Villon. Con Antonio Machado (n. en 1875), hermano del anterior, y con Juan Ramón Jiménez (n. en 1881), la lírica, llega a plena madurez. Antonio Machado, sobrio, justo, encierra en estrictas palabras una jugosa inspiración; la poesía de nuestros primeros siglos literarios, que alcanza espléndida lozanía en severa vestidura con los Manriques, parece haberse reanudado en él, olvidando los caminos de magnificencia y sonoridad que siguiera desde el siglo XVI. Es Antonio Machado el cantor de la tierra castellana, como ella serio, robusto y parco de color. Por suprema virtud, nada sobra en su poesía varonil, comprendida en dos libros *Soledades y Campos de Castilla*, reimprimos con otras composiciones en un tomo de *Poesías completas*.

Encantos de refinada sensibilidad encontramos en la de Juan Ramón Jiménez, que nos presenta, en cada libro un matiz de su alma lírica, impresionable, cada vez más vibrante al más mínimo cambio exterior, a la más leve veleidad interior. Si el verso de Antonio Machado es sonoro y sacudido, el de Juan R. Jiménez es sinuoso, libre; las formas de romance octosílabo y cuarteta alejandrina, que predominaban en sus libros primeros, han abierto paso a una métrica ágil de rima y de ritmo, amplia vestidura de su nueva profundidad lírica. Desde *Arias tristes y Jardines lejanos*, los libros que primeramente le dieron fama, hasta los más recientes, conocidos sólo en parte por una copiosa colección de *Poesías escogidas* publicada en 1917, hay una de-

puración constante. No podemos olvidar su prosa, de que hay ejemplo muy notable en los poemitas de la "elegía andaluza" titulada *Platero y yo* y en muchas páginas del *Diario de un poeta recién casado*. Con su esposa Zenobia Camprubí ha comenzado a vulgarizar en España las obras del poeta indostánico Rabindranath Tagore.

Otros poetas hemos de mencionar al lado de estos: Enrique de Mesa (n. en 1879), en sus libros *Tierra y Alma*, *Cancionero Castellano*, *El silencio de la Cartuja*, su clara inspiración bebe en limpio vaso clásico; sus versos emanan directamente del alma castellana y están llenos de voces del terruño, vivas en el habla popular. Antonio de Zayas, que prefiere las formas fijas del soneto, academiza cada vez más su manera. Para Manuel de Sandoval (n. en 1872), encastillado en la poética de la segunda mitad del siglo XIX, Núñez de Arce y Campoamor son los dioses mayores. Emilio Carrere, en las formas nuevas, canta—todavía—una bohemia impenitente y aureolada, tiene raros aciertos y en sus libros de prosa hay páginas también muy interesantes.

No es tiempo aún de distinguir las características de una legión de poetas jóvenes que no hacen sino preludiar. Muchos de ellos cultivan con todo fervor los nuevos lugares comunes; no faltan los que quieren borrar las novedades rítmicas de la generación que les precede y declaran la guerra al alejandrino, los que imitan con candorosa inocencia y sin preparación alguna la poesía de nuestro siglo XVII; pero en todos ellos hay algo de sus hermanos mayores, aunque no quieran. Destácanse, entre otros, por más altas dotes de originalidad en la visión o en la forma expresiva, Tomás Morales, autor de unos vibrantes *Poemas de la Gloria del Amor y del Mar*; José Moreno Villa, que en *Garba*, *El Pasajero* y *Luchas de Pena y Alegría*, busca, a veces en una cadencia popular, el rostro esencial de las cosas; Luis Fernández Ardavin, de musa ascética y versificación sonora y abundante; Joaquín Montaner, que empezó pisando las huellas de los clásicos y ha sabido en sus últimos li-

bros, desenlazar y exaltarse ante la belleza viva; Rafael Sánchez Mazas, Alonso Quesada, Rafael Lasso de la Vega, Maurício Bacarisse... Y, junto a ellos, fuerza nos es recordar aquí a José García Vela y a Fernando Fortún, a quienes, en plenitud de promesas, una muerte prematura ha dado eterna juventud.

En la novela, cuando ya Baroja y los de su generación habían dado obras de importancia, surgió con Felipe Trigo (1869-1916) un género, digámoslo así, en que lo erótico desempeña papel principal. Pero sus heroínas no se contentan con pecar, como cualquier simple mortal: son, quieren ser, precursoras de una Eva futura que aplaste la cabeza de otra serpiente; y la serpiente, claro está, no es lo que hoy tenemos por pecado, sino "eso" que hoy llamamos moral. Su estilo confuso y alambicado no ha conseguido quitarle lectores: las grandes tiradas, lo que aquí llamamos grandes tiradas, pocos como él las han conocido. Sin duda tomó demasiado en serio su papel de anunciador de una nueva era. En sus novelas últimas, sin dejar del todo su especialidad, iniciábase una intención de ampliar su campo. Alberto Insúa (n. en 1880), solicitado primeramente por inquietudes psicológicas, ha incurrido en pecados por el estilo, alguna vez con delectación morosa; pero es totalmente otro en su manera de escribir y en su visión llana de la realidad.

Un abismo media entre estos escritores y Ricardo León (n. en 1877), a quien la Academia ha abierto sus puertas en plena juventud, con una obra escasa, que pretende continuar la tradición novelística española; (*Casta de hidalgos*, *Alcalá de los Zegries*, *El Amor de los Amores*, etcétera); pero es la novela académica por excelencia, en vocabulario, en giros, escenas y personajes, todo artificioso, todo convencional. Unas cuantas teclas llamadas misticismo, patriotismo, compasión, tocadas a tiempo, producen siempre en sus numerosos lectores, bien dispuestos como público de sermón, el efecto deseado. Aspero en cambio, irrespetuoso, con todo prejuicio es Ramón Pérez de Ayala (n. 1881). Si Alarcón y Pe-

reda son prototipos para Ricardo León, en Pérez de Ayala revive la manera aguda, intensamente humana de Clarín, que fué su maestro. En cuatro novelas, *Tinieblas en las cumbres*, *A M D G*, *La pata de la raposa* y *Troteras y danzaderas*, llenas de rasgos autobiográficos, nos ha dado una visión dolorosa, cruda, de la vida actual que le sirve de pretexto para desenvolver sus nuevas ideologías. En tres novelas cortas, *Prometeo*, *Luz de domingo*, *La caída de los limones*, cuyos capítulos alternan con breves poesías que proyectan en el plano lírico la esencia de las narraciones, y dos libros poéticos, *La paz del sendero*, que fué su obra inicial y *El sendero innumerable*, la personalidad de Pérez de Ayala crece todavía. No es posible olvidar sus ensayos, de los que ha reunido en un tomo, *Las Máscaras*, algunos de crítica dramática. Es un escritor que está en la plenitud de su producción y ante quien se abren muy vastas perspectivas.

Gabriel Miró es un novelista de almas: escribe con un extraño y hondo fervor que da a sus narraciones categoría de poemas. Desde el libro que tituló *Del vivir* hasta los dos recientes tomos de *Figuras de la Pasión*, su trabajo del estilo, su nueva visión melancólica y apasionada, ha ido acentuándose. *La Novela de mi amigo*, *Las Cerezas del cementerio*, *El libro de Sigüenza* marcan los momentos más intensos de su labor. Luis G. Bilbao, en un solo libro, las *Confesiones de Federico Muga*, se muestra original y profundo.

Junto a los novelistas, sin que propiamente lo sea, hemos de citar, entre los más jóvenes, a Ramón Gómez de la Serna. Espíritu incoherente, extravagante, paradójico, tiene hallazgos de sorprendente originalidad y muy curiosos atisbos. Ha escrito obras dramáticas, narraciones, divagaciones líricas: en este último aspecto ha logrado lo mejor de su obra. *El Rastro*, *Greguerías*, *El circo*, *Senos*, las últimas que ha dado a la imprenta, son muy representativas de sus mejores cualidades. Recientemente ha recogido unas páginas dispersas de la obra de Juan Bautista Amorós (m. en 1915) que, con el pseudónimo de Silverio Lan-

za, publicó muy extraños libros, en que se muestra una personalidad angulosa y no bien lograda, llena de percepciones y adivinaciones que le dan señalado lugar entre los hombres de 1898.

Muchos de estos escritores y otros más, Pedro de Répide, exquisito cronista de Madrid, José Francés, que persigue las complicaciones de la vida moderna, Emiliano Ramírez-Angel, novelista de las existencias humildes, José López Piniillos, exagerado, poderoso, han cultivado más que la novela, la novela corta y el cuento. Este último ha dado al teatro algunas notables producciones en el recio espíritu realista de su obra novelesca. Manuel Abril, crítico de arte, ha confirmado con un fino cuento dramático *La princesa que se chupaba el dedo*, su clara visión de las tendencias escénicas, en un tono de humorismo cordial. Jacinto Grau, en una tragedia no representada *El Conde Alarcos*, revela serias cualidades malogradas por una constante afectación.

Rafael Leyda, novelista muerto a los treinta y cinco años, en 1913, debe ser mencionado aquí: nadie ha tenido entre nosotros visión más agria, escueta y desgarradora de la vida, comunicada en un estilo rápido e impersonal. Era un *Mau-passant* con caracteres netamente españoles. La crónica periodística a la manera francesa, en que lució el ingenio de *Fernanflor*, a la que vino a dar frívola ligereza el americano Enrique Gómez Carrillo, plástica visión y estilo abigarrado Joaquín Dicenta, sesudo peso sociológico Antonio Zozaya, ha tenido en la prensa una viva floración. Un gran diario madrileño, "El Liberal", para los cronistas, y dos publicaciones semanales, "El Cuento Semanal" y "Los Contemporáneos", muy imitadas después, para los cuentistas, han sido, durante mucho tiempo, firmes baluartes.

No existe en España verdadera separación entre el periodismo y la literatura; los literatos se refugian en el periódico, y los periodistas, en sus ratos de ocio, se hacen literatos. La crítica, a los periódicos les está encomendada, y en verdad, si como revista suele ser insuficiente, porque de muchos libros que valen ape-

nas se habla, como crítica lo es más aún, porque en la pequeñez de la vida literaria española, las frases *dar un bombo* y *meterse con Fulano* son los polos de nuestra crítica. Si no por ellos, por los círculos polares anda en sus innumerables artículos y gruesos volúmenes, (*Los Contemporáneos*, *Salvador Rueda* y *Rubén Darío*, *Campoamor*, *Menéndez y Pelayo*, *Historia de la novela en el siglo XIX*), Andrés González-Blanco (n. en 1886), demasiado sensible a la amistad y a la antipatía para ser crítico cabal; su pluma divagadora abunda en citas y donaires no siempre oportunos, consagrada no sólo a la crítica, sino también a la poesía y a la novela (*Poemas de Provincia*, *Matilde Rey*, *El Paraíso de los solteros*, etc.). Concienzudamente desempeñan su oficio Eduardo Gómez de Baquero (n. en 1866), fino analizador, tan alejado del denuesto como del entusiasmo, y Ramón María Tenreiro, que en una revista "La Lectura" ha escrito con todo reposo críticas muy meditadas y orientadoras. Mencionemos asimismo a Rafael Cansinos Assens que en los tomos de *La Nueva Literatura* que ha publicado, subtitulados, respectivamente, *Los Hermes* y *Los Epigonos*, estudia el período de que venimos hablando y da valor de escuelas y tendencias a muchas que no pasan de aspiraciones individuales.

Párrafo aparte merece el presbítero Julio Cejador y Frauca, (n. en 1864), que ha dado copiosos estudios lingüísticos, series de artículos en que no se desdén la crítica diaria y batalladora y últimamente una vasta *Historia de la lengua y literatura castellana*; sus exclusivimos literarios y filológicos, su carencia de verdadera crítica, su falta de visión sintética y de valoración individual, quitan méritos a esta abultada obra en que se aprovecha mucha labor ajena. Seriamente ha demostrado este último extremo otro crítico, Julio Casares, cuyo primero y hasta ahora único libro *Crítica profana* tuvo resonante acogida. Es Casares un crítico objetivo, bien preparado gramaticalmente, armado de sólida documentación, a quien se juzgará en definitiva por obras ulteriores.

Desde el periódico nos hablan muchos

de los literatos que hemos mencionado ya: Miguel de Unamuno, *Asorin*, por ejemplo. En el periódico ha desarrollado sus grandes dotes de humorista Mariano de Cavia (n. en 1855) campeón incansable de un "españolismo ilustrado" que cuenta con entusiastas lectores. Desde el periódico nos abre el muy claro talento de Ramiro de Maeztu (n. en 1874) ventanas sobre Europa, atento siempre a las palpitaciones de la vida nacional. En el periódico se ha dado a conocer José Ortega y Gasset (n. en 1883), profesor de filosofía, que en artículos dispersos unos, recogidos otros en el tomo *Personas, obras, cosas* o en los dos publicados de su *Espectador*, así como en las *Meditaciones del Quijote*, ha estudiado temas nacionales llevándolos a su plenitud de significado, y tratando de hacer fecundos sus gérmenes vitales. Obra a la vez de filósofo y de literato, la labor de Ortega y Gasset cae totalmente dentro del campo de nuestra reseña, y había de solicitar nuestra mención aunque sólo fuese por la sólida hermosura de su estilo. Buena parte de la juventud escucha la palabra de Ortega y Gasset en sus escritos o en sus admirables discursos y conferencias, y sigue sus orientaciones, mas no le faltan contradictores y enemigos.

La crítica de teatros, exclusiva de la prensa diaria, improvisada siempre, deja más que desear aún: mencionemos entre los que la cultivan, a Manuel Bueno, (n. en 1874), vigoroso talento, absorbido por la prensa y por la política. Un simpático espíritu de honradez y una amplia información puso en las suyas Ricardo J. Catarineu (m. en 1915) logrando hacer popular su pseudónimo de *Caramanchel*.

En los años últimos, ha crecido sobre manera el interés por el estudio y conocimiento de los clásicos de la literatura española, trayendo por consecuencia la reimpresión constante de sus obras, después de muchos años de indiferencia casi absoluta. Una nueva serie continúa la famosa colección de Rivadeneyra, la *Biblioteca de Autores Españoles*, cerrada en 1880. Colecciones populares, ponen al alcance de todos, a módicos precios, los textos más insignes, cuidadosamente re-

visados, anotados y prologados. A este movimiento español responden las casas extranjeras que editan libros en nuestro idioma con series análogas. Renacen o se constituyen sociedades de bibliófilos. Se edita, pues, lo fundamental, y también lo raro, lo escondido de nuestra literatura y a las nuevas ediciones se lleva un cuidado, una escrupulosidad entre nosotros inusitada. La crítica científica empieza a contar con buenos campeones que siguen la clara tradición de los Milá y Fontanals, de los Menéndez y Pelayo. A la labor constante de minuciosa investigación de hechos, fechas y relaciones, perseguida por los infatigables Rodríguez Marín, Blanca de los Ríos, Cotarelo, Bonilla San Martín, Serrano Sanz, Alonso Cortés, ha venido a sumarse una ilustre falange de hispanistas franceses, ingleses, norteamericanos, alemanes, italianos. No hemos de citar entre ellos más que al profesor inglés Jaime Fitzmaurice-Kelly, cuyo manual de *Historia de la Literatura Española* ha alcanzado en España gran difusión.

Uno de los más insignes maestros de la filología románica, D. Ramón Menéndez Pidal (n. en 1869), ha estudiado la épica española y nuestros principales monumentos literarios de la Edad Media con un rigor científico y una penetración crítica admirables. Sus libros acerca de *La Leyenda de los Infantes de Lara*, del *Poema del Cid*, de la *Epopéya castellana*, sus estudios acerca del romancero han renovado y fijado estas cuestiones. La *Revista de Filología Española* que dirige, secundado por inteligentes discípulos y colaboradores, es la más importante de las publicaciones no escasas que se dedican al estudio de la lengua y la literatura españolas. Falta, en cambio, una publicación de reconocida autoridad consagrada a la literatura militante; no la sustituyen las abundantísimas y a veces notables revistas hebdomadarias que ven la luz en Madrid y en Barcelona, principalmente.

E. DIEZ-CANEDO

BIBLIOGRAFIA.—En las obras de crítica e historia literaria mencionadas en este artículo, ha de encontrarse la información necesaria para ampliar estos artículos. La literatura catalana y la de los países hispano-americanos serán objeto de artículos especiales.

UNA INTERPRETACIÓN INGENIOSA

EN la tarde del 21 de Agosto de 1622, segundo año del reinado de Felipe IV, fué muerto en Madrid de un modo misterioso, que dió pábulo a muchas hablillas, D. Juan de Tassis, conde de Villamediana. Era éste, caballero de gran notoriedad por la apostura de su persona, lujo y esplendidez en sus trajes y arreos, valentía y esfuerzo demostrados tanto en varias funciones de guerra y duelos en que había tomado parte como en lances de toros y toda suerte de ejercicios físicos, y, sobre todo, por su genio satírico y maldiciente. Atribuíansele multitud de dichos y frases punzantes que corrían de boca en boca y de composiciones satíricas en verso, que circulaban de mano en mano y en que se zahería a toda clase de personas así públicas como particulares.

Acababa de pasar por el Alcázar, que ocupaba el mismo lugar que el Palacio Real de hoy, y en cuya puerta se había detenido breves momentos, e iba por la calle Mayor en su coche, acompañado de D. Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio. Al llegar al callejón de San Gines, muy cerca ya de su casa, salió un hombre del portal de Pellejeros, se acercó al estribo, y con un arma que se creyó de resorte pero cuyo verdadero artificio no pudo nunca acertarse por no haber quedado de ella otro rastro que la herida que produjo, le asestó tan recio golpe, que arrebatándole toda la carne del brazo izquierdo hasta dejarle al aire el hueso, le partió dos costillas y el corazón, y le salió por la espalda, abriéndole tal boquete en el cuerpo que cabía por él el brazo. El Conde saltó del coche dando traspies, y sin decir otras palabras que las de "Jesús me valga; esto es hecho", cayó sin vida, con la mano en el puño de la espada, que lo súbito de la muerte no le dió tiempo a sacar de la vaina.

El autor de la fechoría no pareció más nunca, vivo ni muerto, a pesar de las pesquisas de la Justicia, lo cual, junto con la circunstancia de haber ocurrido el hecho en domingo, en la calle más concurrida de la Villa, pues era donde se paseaba o *ruaba*, como entonces se decía, y al anocheecer, hora en que debía aún de haber allí mucha gente, dió motivo a la sospe-

cha (que más adelante se convirtió en certidumbre), de que no se puso gran empeño en descubrirlo.

Este fin trágico y misterioso fué sin duda la causa principal de la fama con que pasó a la posteridad el nombre de D. Juan de Tassis. Mil sonetos, décimas y otras composiciones poéticas se refieren a ese suceso y han contribuido a perpetuar su memoria, envolviendo a su protagonista en una aureola que de otra suerte no hubiera tenido.

La verdadera causa de su muerte, según tradición no interrumpida desde el día en que ocurrió hasta nuestro tiempo, y según demuestra con muy buenas razones D. Emilio Cotarelo en un libro en que recopila cuanto se sabe acerca del conde de Villamediana (1), fué la pasión que se encendió en su pecho por doña Isabel de Francia, primera mujer de Felipe IV, pasión que por lo mismo que no fué correspondida, (aunque otra cosa haya podido suponer algún que otro autor no bien informado y de tiempo posterior al de los hechos), le hizo cometer infinitas imprudencias que lo pusieron en evidencia, con mengua y desdoro de la majestad real, entregada así a las hablillas del vulgo.

A ello hace alusión la conocida décima de D. Luis de Góngora que dice:

Mentidero de Madrid,
Decidnos ¿quién mató al Conde?
Ni se sabe ni se esconde,
Sin discurso discurrid.
Dicen que lo mató el Cid
Por ser el Conde Lozano;
¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido
Que el matador fué Bellido
Y el impulso soberano.

A la cual contestó Lope de Vega con esta otra:

Intenciones de Madrid,
No busquéis quién mató al Conde;
Pues su muerte no se esconde,
Con discurso discurrid;

(1) El conde de Villamediana.—Estudio biográfico-crítico con varias poesías inéditas del mismo, por D. Emilio Cotarelo.—Madrid, 1886. Rivadeneira, editor.

Que hay quien mate sin ser Cid
Al insolente Lozano
Discurso fué chabacano,
Y mentira haber fingido
Que el matador fué Bellido,
Siendo impulso soberano.

En ambas décimas, según costumbre del tiempo, se saca gran partido del doble carácter de los vocablos *bellido* y *lozano*, adjetivos comunes y a la vez nombres propios históricos, así como del doble significado que se atribuye a la voz *soberano*.

Para mí no tiene duda que el haber sacado el Conde en una de las fiestas que aquel mismo año se celebraron en Madrid, un traje, cubierto todo de reales de plata, con la divisa "Son mis amores", es hecho auténtico, y que lo son también otros que se cuentan, y que prueban no sólo que estaba enamorado de la Reina, sino que hacía ostentación de ello.

Pero otras anécdotas que también se refieren, y que pudieran dar fundamento al supuesto de que fuera correspondido, son evidentemente fabulosas; porque ni es probable que de entenderse la Reina y el Conde hiciera éste tantas tonterías como hizo, ni que compusiera tantos versos al caso como compuso, (siendo claro que un amante correspondido y en tales circunstancias, a menos de ser tonto, de lo cual distaba mucho el de Villamediana, nada teme tanto como verse descubierto), ni es creíble tampoco que pudiera posponer la Reina en su corazón un mancebo de gallarda presencia y de diez y siete años de edad, como a la sazón lo era el Rey, a un hombre que andaba ya entonces alrededor de los cuarenta, como don Juan de Tassis. El argumento no será muy del gusto de los cuarentones, pero tiene una fuerza aplastante, mal que les pese. Todo ello aparte de la virtud y modestia de doña Isabel, que todos sus historiadores le reconocen.

Pero dejando todo esto a un lado, por no ser aquí mi propósito referir ni comentar tales hechos ni otros algunos tocantes a la vida del conde de Villamediana, diré solamente que entre las muchas composiciones poéticas publicadas después de su muerte y alusivas a ella y a su

persona, hay una décima de Juan de Jáuregui, cuyos primeros cuatro versos encierran sentido muy oscuro y han dado motivo a muchas interpretaciones, de las cuales sólo una, muy poco conocida y divulgada, me satisface: la que oí hace años a un mi amigo, ya difunto, D. Pedro Miralles y Lorca, hombre muy ilustrado en gramática y literatura castellana y muy aficionado a este linaje de investigaciones y acertijos. La décima a que me refiero es la siguiente:

El oficio a quien traidor
El corazón le quitáis
Dice quien sois, pues quedáis
Sin él, Correo Mayor.
El ser ladrón del honor
Que bárbara lengua infama
Según lo que el mundo clama
Os puso en tan triste suerte,
Que es justo que den la muerte
Al que fué ladrón de fama.

Ni la opinión de D. Emilio Cotarelo de deber entenderse en los primeros cuatro versos que el Conde sacaba gran provecho de su cargo de Correo Mayor, (que desempeñaba en España y Nápoles, y en el cual había sucedido a su padre, don Juan de Tassis, como lo heredó éste del suyo D. Juan Bautista de Tassis), ni la del ilustre D. Eugenio Hartzenbusch de quererle ahí decir que el Conde se valía de su oficio de Correo para divulgar libelos infamatorios contra sus enemigos, me parecen aceptables. En cambio la interpretación a que atrás me he referido, fundada en un juego de palabras, o de sílabas mejor dicho, sobre las que forman la palabra *correo*, artificio ese tan del gusto de aquella época, la creo exactísima.

Para comprenderla hay que tener presente que la palabra *correo* consta de dos sílabas que son a su vez sendas palabras: *cor* y *reo*. *Cor* significa *corazón* en latín; lo mismo en antiguo castellano, donde tuvo más comunmente la forma *cuer*, y, con muy ligeras variantes, en todas las lenguas vulgares derivadas de la latina (1). Ahora bien, quitando a la palabra

(1) En francés *cœur*, en catalán *cor*, en italiano *cor*. En el *Poema del Cid* y en las obras de Gonzalo de Berceo, se emplea la forma *cuer*; en el *Poema de Alexandro cor* y *cuer* indistintamente; en el *Libro de Apolonio* y en el de *Santa María Egipcíaca*, *cuer*.

Correo el corazón, o sea el *cor*, queda reducida a *reo*. Lo de quitar el *cor* a traición a la palabra *correo* significa quitárselo por la espalda, por ser *cor* su primera sílaba, o sea, la más atrasada de la misma palabra.

Escribiré los versos de modo que se haga palpable esta explicación:

El oficio (*Correo mayor*) a quien traí-
[dor (por la espalda)]

El corazón (la sílaba *cor*) le quitáis

Dice quién sois, pues quedáis

Sin el *cor reo mayor*.

Tales artificios, de tan mal gusto, eran muy de aquel tiempo, esforzándose los escritores de entonces en ejercitar en ellos el ingenio; manía que llevó D. Luis de Góngora al extremo de hacer ininteligibles muchos pasajes de sus composiciones poéticas. El mismo conde de Villamediana incurrió en ese vicio con fre-

cuencia, como puede verse en el soneto que comienza:

Montánchez, un herrero fanfarrón
Por solo parecer buen oficial,
De los yerros que hizo un cardenal
Quiso forjar de nuevo un calderón,

donde se juega con los vocablos *yerro* y *calderón*, por la analogía de pronunciación del primero a la que se daba ya en Madrid por ese tiempo a la voz *hierro*, y por la identidad entre el apellido de don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, y la palabra *calderón* en su natural significado de caldero grande.

Muchos conceptos oscuros así de Góngora como de Lope de Vega y de otros muchos escritores de aquel siglo, deben ser interpretados, o descifrados, mejor dicho, por procedimiento análogo al que he expuesto para explicar el sentido de la décima de Juan de Jáuregui.

CRISTOBAL DE REYNA

LOS CLÁSICOS: DANTE

DESPOJADA de leyendas, abundantísima desde los años que siguieron a su muerte, y tanto que, reuniendo pasajes de escritores y cuentos tradicionales, ha podido formarse un interesantísimo tomo en 1873, por Papanti, en parte reimpresso, ordenado y completado por Papini para una colección popular, en 1911, la vida de Dante Alighieri puede resumirse en muy breve espacio. Nace en Florencia, en mayo de 1265, de familia noble, que él creía de estirpe romana; se educó según la disciplina a que se sometían entonces los hijos de familias acomodadas, letras, dibujo, canto, equitación y manejo de armas. Como ciudadano luchó en las revueltas de los partidos figurando entre los Güelfos, pero entre los llamados blancos, a quienes la facción negra acusaba de gibelinos. No fué, por tanto, como suele decirse, enemigo de la autoridad de los Papas. Sus ideas acerca de esta cuestión las expuso en el tratado latino *De Monarchia*, como se verá más adelante. Vencedores los negros, decretaron en 1302

la proscripción de los jefes del partido opuesto, y Dante, que en 1300 había sido nombrado prior, después de ejercer varios cargos públicos, tuvo que salir desterrado. No le acompañó al destierro su esposa Gemma Donati, con la que se casó en 1295, y le dió varios hijos. Debió ser un matrimonio de conveniencia. Dante no habla de ella jamás, y la Beatriz de su Vida Nueva y de la Divina Comedia, su creación ideal, corresponde a una mujer de quien estuvo enamorado en su juventud, sin duda a la Beatriz Portinari de la tradición, muerta en la flor de sus años. Desde 1302 hasta la fecha de su muerte, 14 de septiembre de 1321, Dante peregrina por tierras extrañas, siempre con la aspiración del retorno. Se afirma que llegó hasta París; no está más comprobada esta afirmación que la de sus estudios en Oxford. Guido Novello da Polenta, señor de Ravenna, sobrino de Francesca da Rimini, le acoge y ampara, y en aquella ciudad acaba el poeta sus días. Allí están sus restos, que Florencia

ha reclamado inútilmente en varias ocasiones.

Dante escribió en Florencia la *Vita Nuova*, probablemente en 1294 o 1295. Es un breve relato en que narra su amor por Beatriz. La prosa en que está escrito, deliciosamente ágil y popular, interrumpe a veces para concretar la emoción lírica en sonetos o canciones de una sencillez expresiva tal, que la inspiración se muestra en ellos "onesta e gentile", sin velo y sonriente, como la figura de Beatriz en alguno de sus pasajes. Con ser obra llena de sentimiento, no ha dejado de suscitar controversias. Los comentadores resisten a ver en Beatriz la mujer de carne y hueso, y la tienen sólo por alegoría. Tan espiritual es la pasión que suscita, tan desprendido de todo lo humano, tan transfigurada aparece en este libro la criatura mortal, que ha pasado a ser símbolo de amores ideales. Pero es al mismo tiempo, viva, grácil, evidente.

Con la *Vida Nueva* se relacionan algunos versos no en ella incluidos, que con otros compuestos en distintas épocas de la vida de Dante forman el *Cancionero*. La forma se refina y sutiliza más, y por ella Dante, con sus compañeros Guido Cavalcanti, Lapo Gianni, Cino da Pistoia, representa cumplidamente lo que se vino a llamar "dolce stil nuovo". La prosa inicia en la literatura italiana una forma artística, desprendiendo el idioma naciente de los moldes latinos. Pero se ha observado correspondencia entre el latín vulgar y la prosa de la *Vita Nuova*, del mismo modo que entre el latín clásico y artificial de los doctos y la sabia compostura del Convivio, que debió escribir Dante hacia 1308. Es un tratado político y doctrinal, expuesto en forma de comentario a unas canciones que encabezan cada una de las partes de que consta.



DANTE ALIGHIERI
(1265-1321)

Además, dos libros latinos, uno incompleto, titulado *De Vulgari Eloquentia*, en que se defienden, valiéndose de la lengua docta, los méritos de la lengua popular, y un tratado *De Monarchia* en tres libros, en que se propugna un imperialismo ejercido por el pueblo romano sobre el mundo entero, salvo en lo espiritual, que corresponde al Papa. Dante acató siempre el pontificado, pero reprobó y condenó las que consideraba extralimitaciones suyas. Más que un precursor de la unidad italiana, fué un anticipador de la doctrina de separación de la Iglesia y el Estado, pero exigiendo que César venerase a Pedro como el hijo al padre. El tratado *De Monarchia* que tradujo bellísimamente al italiano el humanista Marsilio Ficino años después, fué mandado quemar públicamente en 1329 por atentatorio contra la autoridad pontificia. También escribió Dante poesías latinas.

Pero su nombre queda perpetuamente unido a la Divina Comedia, cuya idea se

anuncia ya en una canción y en el final de la *Vita Nuova*. Escrita en los años de destierro, concentra todo el pensamiento del Dante, su visión de Dios y del hombre, su amor y sus rencores, su concepto de la vida y de la muerte. Adusto y solemne, en sus formidables tercetos hay un soplo de eternidad que recorre el poema de parte a parte. Las tres partes de que consta este poema épico-teológico, el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraíso*, iguales en grandeza, van sutilizándose gradualmente, desde la desnuda y concreta figura que encarna vicio y pasión, con rasgos de fuego, hasta la etérea serenidad de la bienaventuranza y el resplandor de la divinidad, irresistible para ojos humanos. Toda la sabiduría cristiana y todas las creencias medioevales toman expre-

sión poética en los cantos de la Divina Comedia.

La época en que se finge el pavoroso viaje se fija en el año jubilar de 1300. Dante llama a sus treinta y cinco años el "mezzo del cammin". Virgilio es su guía en el Infierno y en el Purgatorio. Beatriz le lleva después al Paraíso. En Virgilio cifra el poeta, a través de las leyendas de la Edad Media, el saber antiguo. Beatriz ya no es la doncella de los versos juveniles, sino, transfigurada, símbolo de la verdad revelada. Dante se detiene o conversar con las almas que ve a su paso. La descripción de los tormentos infernales revela una fantasía plástica, una visión poética maravillosas. Cada episodio se graba en la memoria para no salir de ella nunca más.

El Infierno está formado por nueve círculos que se van estrechando; en el fondo, después de las regiones heladas del Coccyto, como extremidad del inmenso embudo, un monstruoso Lucifer alado, con tres cabezas, desgarrando con cada boca a un pecador, a Judas, que hizo traición al poder divino, a Bruto y a Casio, que fueron traidores a la potestad imperial, cierra en un episodio de horror la visión del Infierno. Forman el Purgatorio nueve mesetas circulares, que se estrechan hacia la cumbre de una isla inaccesible a los mortales, y el Paraíso nueve esferas o cielos en derredor de la Tierra, centro de todo: estos cielos o esferas, más amplios cuanto más alejados, vienen a ser los del sistema de Ptolomeo, y todos giran con rapidez creciente.

Guárdase, como se ve, una constante relación en que el número 9 de los círculos, mesetas y esferas, el número de cantos (33 en cada parte, sólo 34 en la primera), la misma versificación en tercetos, son significativos. La palabra estrellas con que termina cada parte, choca también, puesto que no ha de ser casual. Tiene el poema mucho de cabalístico, además de lo alegórico que es de esencia, y por ello representa mejor las tendencias espirituales de la Edad Media. Unido esto a ciertas indicaciones del poema mismo—recuérdense los versos del canto nono que dicen:

*O voi, che avete gl'intelletti sani,
Mirate la dottrina che s'asconde
Sotto il velame degli versi strani—,*

quedan justificadas las innumerables interpretaciones que se ha tratado de dar al poema entero. Ajenas a nuestro propósito, prescindiremos de ellas en absoluto; con recordar las que se han hecho en España con relación al Quijote, libro más concreto por todos estilos, se podrá tener una idea de su número y diversidad.

LESER

DE LA "VIDA NUEVA"

BEATRIZ

Nueve veces ya, desde que nací, diera una vuelta total la esfera celeste, cuando por vez primera se presentó a mi vista la gloriosa dama de mis pensamientos, a la cual dieron en llamar Beatriz, por no acertar a designarla con otro nombre. No había aún transcurrido del tiempo de su vida sino lo que tarda la misma celeste bóveda en andar hacia el Oriente la duodécima parte de un grado, y, por tanto, cuando la conocí aún no era entrada en sus nueve años, que entonces yo acababa de cumplir. Al aparecerse a mi vista con nobilísimo aspecto, vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y adornada cual convenía a sus juveniles años, sentí que el espíritu vital que en lo recóndito del corazón tiene su morada, comenzó a latir con gran fuerza en mi pecho y recibió honda impresión todo mi organismo, cual si yo interiormente me dijera: *Ecce Deus fortior me qui veniens dominabitur mihi* ("he aquí a un Dios superior a mí que viene a sobreponérseme"). Desde entonces el espíritu animal que reside en el punto donde toda sensación es percibida, pareció maravillarse grandemente y dirigirse a los ojos para decirles: *Apparuit jam beatitudo vestra* ("ya se apareció vuestra dicha"). Y a su vez el espíritu natural que tiene su asiento hacia donde el alimento corporal se elabora, sintióse movido a llanto y prorrumpió diciendo: *Heu miser! quia frequenter impeditus ero deinceps!* ("Ay de mí! cuán atormentado seré en adelante!") Y en verdad que desde entonces puedo decir que el Amor se enseñoreó de mi alma, uniéndose tan íntimamente a ella y tomando sobre todo mi ser tal ascendiente, en virtud del mismo vigor que mi imaginación le comunicaba, que me sentí forzado a prestarle completa obediencia. En tal situación sentí como secretamente impelido a ir en

busca de aquel ángel de juventud (cosa fácil en aquellos primeros años), y a seguir en pos de su gentil persona; hubiera podido decir de ella como Homero: "Más parecía hija del mismo Dios que de hombre mortal."

AMOR ESCONDIDO

Sucedió un día hallarse la gentil señora de mis pensamientos en cierto lugar sagrado, en una festividad en que se tributaban honores y alabanzas a la Reina de los cielos. Allí fui yo también, colocándome en frente de ella de modo que pudiese gozar la dicha de contemplarla; como se interpusiese en medio de ambos y en línea recta cierta apuesta dama de noble presencia que dirigía de continuo sus miradas a mi persona (sin duda maravillada de mi misma distracción o acaso pensando ser ella el objeto de mi curiosidad), no faltó quien se apercibiera de ello y llegase a decir a mis espaldas: "Mucho miraba a éste aquella dama", y pronunciando su nombre al decir esto pude asegurarme que no se referían a otra sino a la que había ocupado el centro de la línea recta que, partiendo de Beatriz, terminaba en mis ávidos ojos. Alegréme con esto no poco, seguro ya de que mi continuo mirar no me había hecho traición divulgando mi dulce secreto. Y de este error me propuse sacar partido, escudándome con aquella gentil dama como con una égida que ocultase al mundo la verdad; así logré engañar en este punto a los más, y con este fin llegué hasta componer algunas rimas que no quiero transcribir, aunque intencionalmente fuesen dirigidas a mi bella Beatriz y contuviesen alabanzas en pro de mi amado bien.

Por aquel mismo tiempo en que con tales artes encubría el verdadero objeto de mi pasión amorosa, me sobrevino gran deseo de celebrar el nombre de mi amada mezclado con el de otras muchas jóvenes, y más particularmente con el de mi supuesta dama; así pues, escogiendo los de sesenta de las más bellas de aquella ciudad, patria, por voluntad del Altísimo, de la mía, escribí cierta epístola, que no trascibo aquí ni aún tomaría en mientes si no fuera por que, en virtud de no sé qué misterioso artificio, se verificó que no pude colocar el nombre de mi dama, a causa de la rima, sino el noveno entre los nombres de las otras.

EL NÚMERO 9

Aún me ocupaba en componer esta canción, y ya estaba terminada la estancia que se acaba de leer, cuando el Señor de la soberana justicia la llamó a gozar de la gloria eterna en el coro de la siempre bendita reina del cielo María, cuyo nombre fué siempre reverenciado por la ya bienaventurada Beatriz. Por oportuno que parezca referir aquí algo acerca de lo acaecido en su muerte, no lo he estimado conveniente, por tres

razones: la primera, por no ser este asunto propio de esta obrilla, como dejé apuntado al comenzarla; la segunda, porque, aún cuando lo fuese, sería esta tarea superior a mis escasas fuerzas, y mi pluma no sabría describirlo; la tercera, en fin, porque aun admitido uno y otro, no me convendría hablar de esto, puesto que me habría de deslizar a mi propia alabanza, cosa ciertamente digna de vituperio; y así dejaré este trabajo para ánimos superiores a los míos.

Como quiera, no obstante, que el número nueve ha figurado ya varias veces en lo que dicho queda, y pueda creerse que no sea ciertamente sin causa, y además intervino la misma cifra en las circunstancias de sus últimos momentos de paso por esta vida mortal, conviene que aquí se apunten algunas observaciones que no son inoportunas. Así, diré cómo entró dicho número nueve en sus últimos momentos, y después las causas para explicar la predilección que parecía tener hacia aquel.

Según el modo de contar seguido en toda Italia, la noble alma de Beatriz se separó de su cuerpo en la primera hora del noveno día del mes; y siguiendo el cálculo usado en Siria, en el noveno mes del año, por cuanto *Tismin*, o sea el primer mes, corresponde entre nosotros a Octubre; y según nuestro uso, se ausentó en este año de nuestra indicación, es decir, de los años de Nuestro Señor, cuyo número completo se repetía nueve veces en el siglo actual. Así, pues, vivió entre cristianos de la décimatercia centuria.

Si se trata de indagar la causa de que dicho número nueve la acompañe tan constantemente, he aquí la razón que más probablemente parece explicarlo. Según Ptolomeo y la ciencia cristiana hay nueve cielos que se mueven, y según la común opinión de los astrólogos, estos nueve cielos nos transmiten las combinaciones armónicas a que ellos mismos se hallan sometidos. Este número acompañó siempre a Beatriz, para expresar que cuando fué engendrada, las esferas móviles de estos nueve cielos se mantenían en perfecto y armonioso equilibrio. Esta es ya una de las razones a que nos referíamos. Pero si más sutilmente consideramos esto, y según la infalible verdad, este número, es ella misma. He aquí cómo yo me explico esto por la siguiente comparación. El número tres es la raíz de nueve, puesto que sin ayuda de otro número, y por sí propio, produce nueve, siendo así que tres por tres son nueve. Si, pues, el tres es por sí factor del nueve, y el gran autor de los milagros es por sí *Tres*, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son Tres y Uno a la vez, Beatriz fué siempre acompañada del número nueve, como para dar a entender que era un nueve, esto es, un milagro cuya raíz emana de la Santísima Trinidad. Aún podrían aducirse más sutiles argumentos, pero el que acabo de exponer me seduce más que otro alguno de los que surgen en mi mente.

SONETO

Tan gentil aparece y recatada
la dama mía si un saludo ofrece,
que toda lengua tiembla y enmudece,
y la vista a mirarla no es osada.

Benignamente de humildad velada,
ella camina y su alabanza crece,
y de lo alto descender parece,
cual muestra de un milagro presentada.

Muéstrase tan placiente a quien la mira,
que por los ojos da un dulzor al seno
que no puede entender quien no lo siente;

y hasta parece que su boca aliente
un espíritu suave de amor lleno
que va diciendo al ánima: ¡Suspira!

(Trad. de M. Milá y Fontanals.)

LA DIVINA COMEDIA LA SELVA QUEJUMBROSA

No había llegado aún Neso a la otra parte cuando nos entramos por un bosque en el cual ninguna senda se marcaba.

No frondas verdes, sino foscas de color, no ramas derechas, sino nudosas y retorcidas, no frutos había en ellas, sino espinas envenenadas.

No tienen tan ásperos y espesos matorrales las alimañas salvajes que tanto odian, entre Cecina y Corneto, los lugares cultivados.

Aquí las horribles Arpias hacen nido, aquellas que echaron de las Estrófades a los troyanos, con triste anuncio de daños futuros.

Alas anchas tienen, cuello y rostro humanos, pies con garras y plumas en el gordo vientre; quejas lanzan desde lo alto de los extraños árboles.

Y el buen Maestro [Virgilio]: "Antes que sigamos adelante, sabe que estás en el segundo recinto—empezó a decirme— y que estarás en él,

hasta que llegues al horrible arenal. Mira bien, por lo tanto, y cosas verás que quitarían fe a mis palabras."

Oía yo por todas partes gemidos y no veía quién los lanzaba; y así, me detuve todo desconcertado.

Creo que creyó él que yo creía (1) que venían aquellas voces de entre las espesuras y las daba gente escondida de nosotros.

Por lo cual, dijo el Maestro: "Si quiebras una ramita cualquiera de una de estas plantas, verás destruirse todos los pensamientos que tienes."

Alargué entonces un poco la mano, y cogí una ramita de un alto zarzal; y el tronco gritó: "¿Por qué me desgarras?"

(1) Versión literal: el verso «Io credo ch'io credette ch'io credesse» es ejemplo de aliteración, reminiscencia de la técnica medioeval.

Cubrióse luego de oscura sangre y tornó a gritar: "¿Por qué me rompes? ¿No tienes espíritu ninguno de compasión?"

«Hombres fuimos, y ahora nos hemos trocado en árboles: más compasiva debiera ser tu mano, aunque hubiésemos tenido alma de serpiente."

Como el verde tizón, abrasado por uno de sus extremos, gime por el otro y silba con el viento que se escapa,

así que aquel esqueje salían juntas las palabras y la sangre; por lo cual dejé caer la rama y me quedé parado como hombre temeroso.

(*Aquellos árboles son los suicidas: el primero que habla con Dante es Piero delle Vigne, Secretario del emperador Federico II y poeta.*—INFIERNO, canto XIII.)

EL LAGO DE PEZ HIRVIENTE

Como en el Arsenal de los venecianos hierve en el invierno la pez tenaz con que reparan sus estropeadas naves,

porque no pueden navegar, y entretanto quién carena los costados de la suya para que haga más viajes,

quién martilla la proa, quién la popa, uno hace remos, otro retuerce maromas, quién mesana y artimón repara,

tal no por obra del fuego, sino por arte divina hervía allá lejos una pez espesa que untaba por todas partes la orilla.

Veíala yo, pero no distinguía en ella más que las ampollas que el hervor levantaba, e hincharse todo y comprimirse de nuevo.

Mientras miraba fijamente, mi Guía, diciéndome:—¡Cuidado, cuidado!—me llevó junto a sí desde el lugar en que yo estaba.

Volvíme entonces como el que anhela ver aquello de que le conviene huir, y a quien súbito pavor atemoriza,

de modo que no por mirar se detiene en la huida. Y vi detrás de nosotros un diablo negro que venía corriendo por la escollera.

¡Ay, cuán feroz era su aspecto, cuán duro me parecía en su actitud, abiertas las alas y ligeros los pies!

En sus hombros que eran agudos y soberbios, llevaba por carga un pecador, a horcajadas, agarrándole por los tobillos.

Desde nuestro puente dijo: "Eh, Malasgarras, aquí hay uno de los ancianos de Santa Zita! Echadle al fondo, que voy a buscar más

a aquella tierra tan bien provista; todos son malbaratadores allí, menos Bonturo; de un no por dinero hacen un sí."

Lo echó al fondo y por la roca dura se volvió; no hay mastín suelto que siga con tanta prisa al ladrón.

(*En el lago de pez purgan su pecado los prevaricadores y concusarios; los ancianos de Santa Zita, en la ciudad de Lucca, eran diez magistrados populares; la alusión a Bonturo, famoso barattiere, es irónica.*—INFIERNO, canto XXI.)

EL TROVADOR SORDELLO.—

APÓSTROFE A ITALIA

"Mas he ahí un alma que sola, sin compañía, nos está mirando; ella nos dirá cómo acortar camino."

Nos llegamos a ella. ¡Oh alma lombarda, cuán altanera y desdeñosa te mantenías, cuán honesta y grave en el mover de los ojos!

Nada nos decía; pero nos dejó llegar sin hacer más que mirarnos a guisa de león en reposo.

Acercóse empero a ella Virgilio, rogándole que nos mostrase la subida más conveniente; y ella no contestó a su petición

sino que inquirió nuestro país y nuestra vida. Y al comenzar el dulce Guiz: "Mantua..." la sombra, toda reconcentrada en sí, se lanzó a él desde el lugar en que estaba, diciendo: "¡Oh, mantuano, Sordello soy, de tu tierra!" Y se abrazaban ambos.

¡Ay sierva Italia, morada del dolor, nave sin timonel en gran tormenta, no señora de provincias, sino burdel!

Aquella alma gentil mostróse tan propicia por sólo el dulce nombre de su tierra, a festejar a su conciudadano;

y ahora no para en tí la guerra entre los vivos, y aquellos que encierra una misma muralla y un foso, se roen unos a otros!

(PURGATORIO, canto VI.)

LA ROSA Y LAS ABEJAS

En forma, pues, de cándida rosa se me mostraba la milicia santa con la cual CRISTO se desposó dándole su sangre;

pero la otra, que volando ve y canta la gloria del que la enamora y la bondad del que tanto le dió,

tal como enjambre de abejas, que liba de una vez y luego se vuelve allí donde su trabajo cobra sabor,

a la magna flor descendía, de tantas hojas adornada, para subir luego otra vez adonde mora siempre su amor.

Todas tenían de llama viva el rostro, de oro las alas y tan blanco lo demás que no hay nieve que igualarlo pueda.

Al bajar a la flor, de grada en grada iban vertiendo paz y ardor, que tomaron al mover las alas.

Y al interponerse entre lo más alto y la flor toda aquella muchedumbre voladora, no la privaba de su vista ni de su esplendor;

pues tan penetrante es la luz divina para el universo cuando es digno de ella, que nada la puede oscurecer.

(PARAÍSO, canto XXXI.)

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LAS GRANDES FIGURAS DEL ARTE
MANTEGNA

UNA sola gran figura ofrece Padua, o su territorio, el arte italiano del cuatrocientos: ANDRES MANTEGNA. El se decía paduano, pero nació, según parece, en Isola di Carturo, entre Padua y Vicenza, el año de 1431. Los datos biográficos que recoge el pintor y erudito italiano Jorge Vasari, hacia la mitad del siglo XVI son un tanto novelescos. Aparece en ellos Mantegna como hijo de un pastor, vagando por la campiña donde, una vez, se encuentra con Squarcione, otro pintor, que le recoge, le adopta y le enseña el arte de la pintura. Documentos notariales han venido a demostrar después que su padre fué persona de viso, honorable y *messer*; pero como en la vida de Andrés no figura para nada y, en cambio, es verdad que Squarcione le adoptó y

educó, tal vez aquellos detalles novelescos envuelvan realidades hoy definitivamente oscuras y entonces dignas de ser oscurecidas.

El maestro Squarcione es un figurón desvaído en la historia. Solamente dos obras suyas se conocen, y son de aguda rudeza, y simplicidad. Pero si fué mediocre en la pintura, sobresalió por sus cualidades docentes: en su academia llegaron a reunirse hasta ciento treinta y siete alumnos. Mantegna asiste a ella desde los diez hasta los quince años, pero al llegar a esta edad, considerando nocivo el influjo dominante del maestro, escapa y se presenta en Venecia a romper el contrato que tenía con él. Dicha influencia, aunque verosímil, es inapreciable hoy; acaso debió de sufrirla también de Nicolás Pí-

zolo, discípulo mayor del mismo maestro; pero la que sí es notable y profunda es la de Donatello. Este llegó a Padua el año de 1444 para ejecutar los relieves bronceos del altar de San Antonio. Andrés ve en el maestro toscano el ideal de belleza a que él confusamente aspiraba: ideal compuesto de dos notas esenciales: intensidad de sentimiento y grandiosidad. Justamente lo opuesto al arte paduano, extático y atildado.

La manera de modelar de aquel maestro y, en general, la elocuencia de su estatuaría, le revelaron una realidad no tan cotidiana ni sensible (1). Por Donatello supo cómo había de interpretarse lo clásico. No se trataba de copiar, sino de ver y coger la forma humana en su vitalidad, en su acento más vivo, previo el conocimiento de los relieves clásicos. Los demás métodos dieron siempre frutos muertos o manidos. Su gusto se acrecentó además, al contacto de los humanistas, filólogos, arqueólogos y literatos que poblaban aquella ciudad, universidad de Venecia.

Una vez dueño de la forma y de la expresión patética, sin necesidad de recurrir a violentos ademanos, vuelve los ojos a los venecianos, a los coloristas, a los del instinto decorativo. En 1450 se relaciona con Jacobo Bellini, llegado de Padua poco antes, con cuya hija se desposa en el año de 1454. Bajo la nueva influencia florentino-veneciana, Mantegna atenúa la dureza primitiva, dulcificando los contornos. Aquí empieza su segunda fase.

Entre los trabajos encargados a Squarione, en los cuales tomó parte el hijo adoptivo, figuran los frescos de *Los Ermitaños*. Parece que son suyos seis de los paños: el *Bautismo de Hermógenes*, *Santiago ante el emperador*, *Santiago camino del suplicio*, *Martirio de Santiago*, *Martirio de San Cristóbal* y *Levantamiento del cuerpo de San Cristóbal*.

En estas pinturas manifiesta ya el conocimiento profundo de la perspectiva que le distinguirá siempre. Mantegna

puso todo su afán en que dichas representaciones fueran como acontecimientos reales: las figuras tienen verdadero volumen, se mueven en el espacio y, algunas, como en la realidad, asisten a la acción con aire distraído. En todas sus obras primeras persigue más la forma que el sentimiento.

La obra de empuje que sigue a esta de *Los Ermitaños* está en Verona: es un tríptico de la iglesia de San Zenón (1457-59), donde si todavía se nota torpeza en los movimientos, están logrados los caracteres individuales con maestría. En la predella de este tríptico hay un panel, el de la *Crucifixión*, que por su gran efecto dramático, es quizás lo mejor del retablo.

Mantegna sigue ahondando en la individualidad de los personajes. Buena prueba del progreso conseguido en esta dirección es el retrato del cardenal Ludovico Mezzarota (Museo de Berlín).

Habiéndole llegado la hora del apogeo y de la fama, estando en Verona, es llamado a Padua por el Marqués Luis de Gonzaga. Después de hacerse esperar tres años, acude y... tardo pero seguro, ya no vuelve a salir de Mantua sino en pequeñas fugas a Roma o a Florencia. El medio en que vivió esta última etapa de su vida debió reportarle más contentos que pesadumbres. La familia Gonzaga se componía de príncipes, literatos y artistas; eran apasionados *condottieri*, claros humanistas y mecenas. No obstante, se queja en sus cartas de lo poco que cobra. Su epistolario tiene notas de gran interés, sobre todas, aquellas que revelan al artista consciente de su talento. También sabemos por sus cartas lo que le enojaba la vecindad. Todo su anhelo vemos que lo cifra en habitar una casa bella y solitaria, para poder así consagrar toda la vida al arte. Los Gonzaga, el año 1472, le conceden una finca en el Bosco de la Caccia.

Una de las primeras obras que hizo para sus mecenas fué la decoración de la capilla del Castello Vecchio. El tríptico—la *Ascensión*, la *Adoración de los reyes* y la *Circuncisión*—que se guarda en *Los Oficios* de Florencia debió pertenecer a este castillo. A la misma época corres-

(1) En la moderna terminología, la palabra *realidad* se va desprendiendo del carácter que le infundió el materialismo. Hoy entendemos que una idea o un factor de belleza nuevos, son realidades que acrecientan el mundo con vida propia y prolífica.

ponde la tablita del Museo del Prado que representa *La Muerte de la Virgen* (antes de 1466). Y es el último cuadro en que da una nota elegiaca. La grandeza de la corte pedía un arte pomposo y Mantegna dejó lo elegiaco por lo heroico. En la evolución influye también un viaje a Florencia. El arte florentino le toca en el alma y produce el *San Jorge* que existe en la Academia de Florencia. Dentro de la nueva fase está la decoración de la *Cámara de los esposos* en el Castello di Corte, en que representó a los *Césares*, la *Vida de Orfeo*, y los trabajos de *Hércules* (donde se muestra como precursor de Tiepolo y del Correggio). Allí mismo se halla también la escena al fresco *El Marqués Luis de Gonzaga y su familia*.

Pero nada ofrece una idea más alta y completa de su talento que los *Triunfos de César*, cuyos cartones pintados se guardan en Hampton-Court. La Biblioteca Nacional de París posee los grabados de esos cartones, hechos por el mismo Mantegna. Italia conservaba mucho de antiguo en sus carnavales, en sus cabalgatas triunfales y pintorescas. Así es que el pintor, sin hacer una reconstitución arqueológica, no tuvo más que sustituir las procesiones de la Edad Media por los triunfos paganos. Y sale victorioso en toda línea, por el movimiento, el volumen, la agrupación y la vitalidad. El tono de la obra es lírico y heroico. Mantegna, en su evolución, pasa del realismo a lo ideal y simbólico.

Sus trabajos últimos son de dos clases: religiosos y alegóricos. En aquéllos pone

más intensidad espiritual que antiguamente, pero no descubren a un alma fervorosa, ni siquiera creyente, sino a un enamorado de las bellas actitudes y a un gran intérprete de la forma y la vida humanas, (*Madonna* de la Galería Brebra de Milán; *Madonna de la Victoria*, Museo del Louvre; *Madonna de Santa Maria in Organo*, propiedad del príncipe Trivulcio, Milán; etc.) Entre los alegóricos están *El Parnaso* y *La Virtud triunfando de los vicios*. En el primero triunfan Apolo, Venus y las Musas. En el segundo, la Sabiduría y la Actividad intelectual.

La importancia de Mantegna como grabador fué también muy grande. Entre los pocos grabados que se le pueden atribuir con seguridad se cuentan la *Bacanal con Sileno* y el *Enterramiento de Cristo*, que bastan para colocarlo a la cabeza de los grabadores italianos del siglo XV.

De entre sus dibujos haremos resaltar este de "Judit", conservado en la sala de estampas de la Galería de los Oficios, en Florencia, que ha debido ser para los prerrafaelistas ingleses algo así como la muestra escolar y que, a los ojos del compilador de estas notas, resume toda la belleza del arte mantegniano.

J. MORENO VILLA

BIBLIOGRAFIA.—MAUD CRUTWELL, *Mantegna*. London, 1901.—KSAPE, *L'œuvre de Mantegna* (200 ilustraciones). Stuttgart, 1910 et París, 1911.—P. KRISTELLER, *Mantegna*. Berlín y Leipzig, 1902.—KRISTELLER, *Francesco Squarcione e le sue relazioni con Andrea Mantegna*. (Rivista d'Arte, 1909, t. x.)

BERRUGUETE Y SU OBRA

por RICARDO DE ORUETA

(TEXTO EN ESPAÑOL Y EN FRANCÉS)

Obra premiada por el Ateneo de Madrid. Es el primer estudio de conjunto acerca de este gran escultor español del Renacimiento.

Con 166 fotograbados.—En rústica, 10 pesetas.—En tela, 12 pesetas.

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 MADRID
28, Calle de Valencia.

OBSERVACIONES SOBRE LA HISTORIA DE INGLATERRA EN LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA EDAD MEDIA

(CONTINUACIÓN)

COMIENZA César sus *Comentarios* diciendo que la Galia se dividía en tres partes, habitadas por sendas naciones: Bélgica, la más septentrional de ellas, estaba limitada al norte por el Rhin y al mediodía por el Sena y el Marne; la Céltica o Galia propiamente dicha (pues que Galo y Celta eran un mismo nombre diversamente pronunciado) (1), se extendía al sur de Bélgica hasta el río Garona, y la Aquitania estaba comprendida entre el Garona y los Pirineos. Añade seguidamente que los Belgas, Galos y Aquitanos, respectivos naturales de esas comarcas, eran distintos entre sí en lengua, leyes y costumbres.

De las noticias que de la isla de Bretaña y sus naturales nos da el mismo César en otros pasajes de sus *Comentarios*, y de las algo más circunstanciadas que en la misma obra se contienen acerca de los Belgas, se deduce que la dicha isla de Bretaña estaba habitada por los mismos pueblos que la Galia, hallándose en frecuente, íntima y activa comunicación los congéneres de ambas riberas del Canal de la Mancha; que los Belgas eran Germanos que antiguamente se habían establecido en las tierras de la orilla izquierda del Rhin (2), y más adelante también en las comarcas marítimas de la isla de Bretaña, a cuyas localidades habían dado los mismos nombres de las que ocupaban en el Continente (3), y que la religión druidica, que era la propia de los Celtas o Galos, tenía sus principales colegios sacerdotales y, por decirlo así, sus

raíces en Bretaña. Corroboran estas noticias Tácito y otros autores de la época del Imperio, y también, en no poca parte, las observaciones que hoy mismo pueden hacerse; pues el pertenecer a la misma familia las lenguas de la mitad occidental de Irlanda, montañas de Escocia, Tierra de Gales y provincia de Francia llamada hoy Bretaña y en la antigüedad Armórica, parece no dejar duda acerca de la comunidad de raza de sus naturales. Sólo a los Aquitanos del Continente, que la opinión más común de nuestro tiempo identifica con los Vascos, no se les encuentra representación en las poblaciones actuales de las islas Británicas, por más que es posible que la tuvieran en tiempo de César.

Prescindiendo, pues, de los Aquitanos, que de todos modos tenían que formar muy pequeña parte de la población de la Galia, por ser muy reducido el territorio comprendido entre el río Garona y los Pirineos, puede decirse que la isla de Bretaña y la Galia estaban, en el tiempo de la conquista romana, habitadas por idénticas gentes: Germanos, con el nombre de Belgas, en las comarcas orientales de Bretaña y septentrionales de la Galia, y Celtas o Galos en las occidentales de la primera y en las centrales de la última.

Si no contamos con la participación que en las razas de los habitantes actuales de esas regiones hay que dar a la heterogénea muchedumbre que la conquista y la civilización romana no cesó de introducir durante tres o cuatro siglos, y no olvidando que la Galia se extendía sobre vastos territorios que nunca han pertenecido a lo que llamamos hoy Francia, se advertirá que sin puntualizar mucho las cosas, las poblaciones de las comarcas que se comprendían en la Galia y en la isla de Bretaña están hoy repartidas poco más o menos como entonces: Germanos, con el nombre de ingleses, en

(1) ... tertium (*partem Galliae incolunt*) qui ipsorum lingua Celtæ, nostra Galli appellantur. (*Comentarios*, Lib. I.)

(2) ... plerisque Belgas esse ortos a Germanis; Rhenumque antiquitus transductos, propter loci fertilitatem ibi consedissee; Gallosque, qui ea loca incolerent, expulsi... (*Comentarios*, Lib. II.)

(3) Britannia pars interior ab iis incolitur quos natos in insula ipsa...; maritima pars ab iis qui præclæ ac belli inferendi causa, ex Belgis transierant, qui omnes fere iis nominibus civitatum appellantur quibus orti ex civitatibus eo pervenerunt... (*Comentarios*, Lib. V.)

MANTEGNA



SANTIAGO CAMINO DEL SUPPLICIO
(Padua, Iglesia de los Ermitaños.)

Fot. Alinari.



TRÁNSITO DE LA VIRGEN
(Madrid, Museo del Prado.)

Fot. Hanfstaengl.



TRIUNFOS DE CÉSAR

(Hampton Court)

Fot. Mansell.

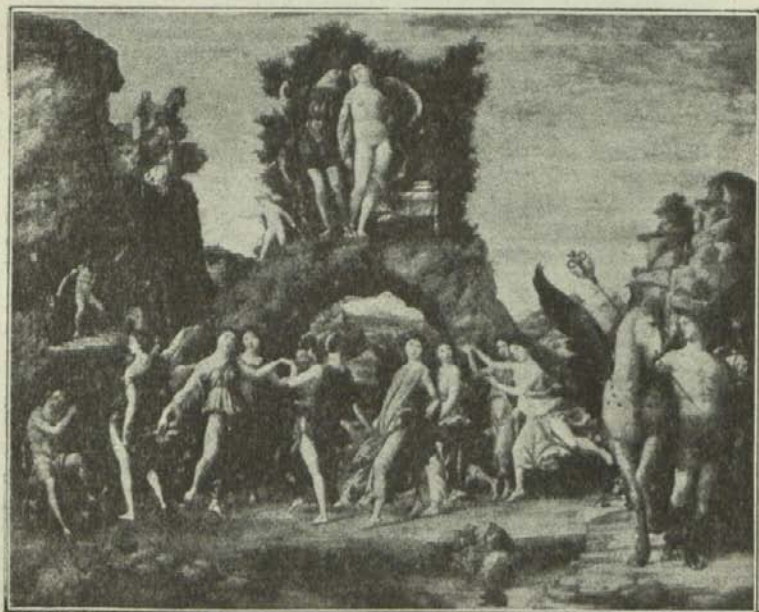
MANTEGNA



JUDIT

(Dibujo a pluma, Florencia, Museo de los Oficios).

Fot. Alinari.



EL PARNASO

(Museo del Louvre)

Fot. Neurdein.

la mayor parte de la Gran Bretaña partiendo de sus riberas orientales hacia el interior de la Isla, y Germanos también, con los nombres de flamencos, holandeses, prusianos, alemanes, alsacianos, suizos y otros en la parte septentrional de la antigua Galia; Celtas o Galos en la Tierra de Gales, que es la más occidental de la Gran Bretaña, únicos representantes hoy, al parecer, de la antigua y numerosa población céltica del interior de la Isla, y también Celtas en la Bretaña francesa, que es asimismo lo más occidental de la Galia, restos, en opinión de algunos, de la antigua población que ocupaba todas las regiones centrales de ella, o sea, de la Galia Céltica.

Me expreso en forma dubitativa acerca del origen de los Galeses de la Gran Bretaña y de los Bretones del Continente, por estar el punto en tela de juicio. La opinión más admitida hasta tiempo relativamente reciente atribuye origen insular a los Bretones de Francia, suponiendo que proceden de Celtas británicos que se refugiaron en la Armórica en el siglo v, huyendo de los Sajones y Anglos invasores de la Isla; pero desde hace algún tiempo predomina en muchos la opinión contraria, que atribuye a los Galeses de la Gran Bretaña por origen una verdadera conquista de la Tierra de Gales por Celtas armoricanos en el mismo siglo v. Difícil se hace decidir ya hoy, dado el largo tiempo transcurrido desde que ocurrieron esos hechos hasta nuestros días y la escasez de documentos que ilustran la época de la disolución del imperio Romano, de parte de cuál de esas dos hipótesis pueda estar la verdad. La lingüística, única guía que puede iluminar la historia de ese oscuro período, sólo nos muestra la identidad de los actuales dialectos célticos de los Galeses de la Gran Bretaña y de los Bretones de Francia, seguro indicio del común origen de ambos pueblos, pero deja en pie el problema que se debate sin resolverlo de ningún modo. Sólo el nombre de Bretaña aplicado desde hace tantos siglos a la región de Francia que antes se había llamado Armórica parece favorecer la versión primitiva y tradicional: la de emigración de los Galeses británicos al

Continente; pero la existencia en el siglo v de un pueblo céltico, sea en la provincia romana de Bretaña, sea en la región de la Galia de la orilla opuesta del Canal de la Mancha, dotado de la cohesión y de la organización que exige la empresa de trasladarse a través del mar y fundar un Estado, por imperfecto que sea, se compagina muy mal con las nociones que tanto la Historia como la Arqueología nos dan acerca de la situación en que se hallaba la población céltica primitiva en las provincias romanas de aquende y de allende el canal de la Mancha. Los historiadores franceses creen resolver el arduo problema de los orígenes del pueblo bretón de la Armórica, haciéndolo venir de la Gran Bretaña; los ingleses pretenden, por el contrario, explicar la existencia en la tierra de Gales de una población céltica llevándola allí desde la Armórica, sin pensar unos y otros que dejan sin descifrar el enigma: en el primer caso para el país de Gales, en el segundo para la Armórica, porque ¿sobre qué fundamento histórico puede basarse la existencia de una sociedad céltica organizada sea en la tierra de Gales, sea en la Bretaña francesa en el siglo v de nuestra Era?; ¿no eran entonces tan provincias del imperio Romano la isla de Bretaña como la Galia?; ¿no había desaparecido toda sociedad céltica organizada tanto de la una como de la otra por ese tiempo?

Caso muy semejante se nos presenta al tratar de los Vascos; siendo la conservación de su raza formando un núcleo de población en el territorio que hoy ocupa, y la de su lengua a través de tan larga sucesión de siglos, en los cuales está incluido el período cuatro o cinco veces secular de la niveladora dominación romana, un verdadero logogrifo histórico. Los historiadores franceses, que no hallan por lo común en los primitivos Aquitanos caracteres que les autoricen a identificarlos con los actuales Vascos, suponen, a mi ver algo arbitrariamente, una invasión de Vascos españoles en el siglo vi en el territorio de Aquitania, dejando a los historiadores españoles la resolución del problema de acertar con los orígenes de ese pueblo, como si las cues-

tiones históricas fueran puntos de amor propio fundado en las divisiones políticas existentes en el momento en que acierta a vivir el historiador. No por echar los historiadores franceses sobre los hombros de los españoles la ardua tarea de averiguar de dónde proceden los Vascos, deja de seguir siendo tan gravosa para ellos como antes: el alejar la dificultad no es suprimirla.

¿No se hallaría quizás la solución del enigma céltico y la del vasco buscándola en invasiones de pueblos extraños en los territorios sobre los cuales versan las discusiones en el tempestuoso y embrollado período del siglo v, en que tantos pueblos desconocidos se precipitaron sobre el imperio Romano? Para la Bretaña francesa y la tierra de Gales la solución sería fácil, dada la existencia de pueblos célticos, como los Pictos y los Escotos, en la parte septentrional de la isla de Bretaña, al norte de los muros de Severo y de Adriano, y la de una numerosa población céltica en la vecina isla de Irlanda por la época de que estamos tratando. Ya hoy está admitido por los autores ingleses que las incursiones de los Pictos y los Escotos en la provincia romana de la isla de Bretaña, tan frecuentes en los últimos tiempos del imperio Romano, no se efectuaban a través de los muros de Adriano y Severo, sino por mar; y ha ganado mucho crédito la opinión que hace partir de Irlanda muchas de esas expediciones. En tal supuesto, no me parece absurdo el admitir que tales correrías piráticas pudieran en el siglo v haber dado por resultado la fundación de colonias o establecimientos célticos a la vez en la Armórica y en la tierra de Gales. Ciertamente es que los dialectos célticos de Gales y de la Bretaña francesa, los cuales están incluidos en la denominación de *Welsh* que les dan los Ingleses, pertenecen a otro grupo que los dialectos célticos de Irlanda y de las montañas de Escocia, que se comprenden bajo el nombre genérico de *Erse*; pero esas diferencias dialectales pudieran ser hoy otras que hace quince o diez y seis siglos. No creo que haya nada que se oponga a la posible existencia en el siglo v de algún dialecto céltico irlandés

o escocés del cual hayan podido derivarse las lenguas habladas hoy en la Bretaña francesa y en la tierra de Gales. Las diferencias entre unos y otros dialectos célticos no son mayores que las que hay entre los dialectos latinos, y a la vista está que las que había hace diez siglos entre el romance castellano y el romance francés llamado *lengua de oil*, del cual se deriva el francés literario actual eran infinitamente menos marcadas que entre ese francés literario y el actual castellano.

No son los problemas céltico y vasco los únicos de la misma índole que se presentan en la Historia. Con mil otros análogos, si bien de menor notoriedad, se tropieza el que quiera escudriñar los orígenes y la historia de los grupos étnicos que forman las poblaciones. En Francia, en Inglaterra, en España, en cualquier país del mundo se hallan gentes pertenecientes a razas extrañas, de lengua y hasta de tipo físico diferente de los de la masa de la población en cuyo seno viven. El origen de los Gitanos, esparcidos desde hace siglos por toda Europa y por Asia, parece estar averiguado, por más que queden aún muchos puntos oscuros que dilucidar respecto de ellos; pero sobre los Maragatos leoneses, los Agotes navarros, los Vaqueros asturianos, y otros pueblos, (por no citar sino algunos de España), se han expuesto muchas hipótesis, casi todas sin pruebas históricas satisfactorias que las abonen.

Sea el que se quiera el origen de la población céltica de la tierra de Gales, lo que no puede en modo alguno admitirse es la restauración de Estados célticos en la Bretaña romana al desprenderse esta provincia del Imperio en el siglo v. Los que llama Britanos la historia de ese tiempo no son los que llama por ese mismo nombre la historia de cuatro siglos antes. Para la historia del siglo i eran Britanos los naturales indígenas de la Isla; para la del siglo v los habitantes de raza mezcladísima y de lengua latina que constituían las poblaciones de sus ciudades y de sus campos; ni más ni menos que para la historia moderna del siglo xvi eran americanos los pueblos incultos o en estado salvaje que

hallaron en el Nuevo Mundo los navegantes y colonizadores europeos, y para la historia actual son americanos los hombres de raza inglesa, española, francesa, o cualquiera otra de las europeas, o de la raza resultante de la mezcla de ellas con las indígenas que forman al presente las poblaciones de sus territorios.

No es cierto que los Romanos abandonaran Bretaña en el siglo v; quien la abandonó fué el Gobierno imperial de Roma, retirando de ella las legiones que allí tenía y cortando el hilo que ligaba la administración central de Italia con la administración de la Isla; pero la población, el régimen municipal, las leyes, la lengua, el organismo social todo entero quedó como estaba. La población roma-

nizada, civilizada, de la Isla, tal como la habían constituido más de tres siglos de dominación romana fué quien tuvo que habérselas con los Sajones, Anglos y Jutos que a principios del siglo v invadieron su territorio. A las ciudades de Bretaña, pobladas por gentes completamente civilizadas, de lengua latina, hechas a la existencia regular encerrada en los moldes rígidos de las leyes, en un todo semejantes a las que habitaban las ciudades de Italia. España o las Galias del mismo tiempo, es a quienes dirigió el emperador Honorio en 410 las cartas a que hace referencia el historiador contemporáneo Zóximo, exhortándolas a proveer por sí a su defensa.

CRISTÓBAL DE REYNA

LA SIGNIFICACION DE LAS PALABRAS

Las cuestiones relativas al lenguaje ofrecen, en general, como característica un aspecto vulgar; todo el mundo se juzga apto para intervenir en ellas, y hasta acontece que no se estime bastante la labor del técnico. (1) Sin embargo, pocas ciencias hay en que se rocen problemas más difíciles e intrincados; éstos aparecen sobre todo en esa zona de lenguaje en que interviene directamente el pensar, y en general la vida interna del espíritu. En ese sentido, es de gran interés el estudio de la "semántica", o técnica de la significación de las palabras. De un modo elemental, y procurando evitar grandes dificultades, diré algo sobre ello.

Observando nuestra habla, veremos que no hay en ella más que dos aspectos fundamentales: el sonido (el lado físico) y la significación que expresan (el lado psicológico). La gramática, y singularmente la gramática que se encuentra en las portadas corrientes, (2) casi no es

más que una parte de la semántica. Las partes de la oración no se refieren sino a los modos generales de expresar la existencia de las cosas y las cualidades, relaciones o modalidades que distinguimos en ellas. Pero fuera de estos modos generales de significar que, abstraídos de los fenómenos particulares, forman la gramática, queda aún la cuestión del significado concreto de cada palabra; por ejemplo, cuando la gramática nos dice que tal palabra es nombre, entendemos que posee la aptitud genérica de designar la existencia de un objeto, material o ideal; esa noción de existencia, puede estar modificada por conceptos que la amplíen o limiten (sentido colectivo, distributivo, etc.); pero en ningún caso salimos del aspecto general, pues la gramática en último no es más que el análisis de cómo se reflejan en el lenguaje las formas generales de pensar, de querer y de sentir.

Pero esta semántica general deja fuera los problemas concretos que se plantean con motivo del contenido significativo de cada palabra; la palabra *árbol* corresponde a la categoría de aquéllas que significan la existencia de objetos, pero la gramática no me dice por qué estos cinco so-

(1) Ya decía en el siglo xvi Juan de Valdés: «Por que es lo más recia cosa del mundo, dar regla donde cada plebeyo y vulgar piensa que puede ser maestro». *Diálogo de la lengua*, ed. Böhrer, pág. 370.

(2) De esos libros está excluida la fonética; en lugar de esto la gramática académica trae unas empíricas y mal pergeñadas observaciones sobre prosodia.

nidos significan concretamente la planta de mayor tamaño. Entonces interviene la semántica propiamente dicha; y por ella sabemos que *árbol* significa esa clase de plantas, porque los latinos, cuya lengua continuamos hablando, aunque muy transformada, se servían de ese mismo vocablo. Si ahondando más averiguamos que en la lengua indogermánica, de que procede la latina, el nombre de árbol, *ardhos*, significaba gran crecimiento.

Vemos, pues, que a pesar de haber retrocedido tantos miles de años en la historia, al ir a asirlo, el significado de esos sonidos se nos marcha a gran distancia; de nada serviría ponernos a buscar por qué *ardh* significó crecer, pues aun cuando poseyéramos la historia de ese tema verbal, veríamos que llegaba un punto en que *ardh* había venido a significar el concepto "crecer", porque otro concepto análogo a "crecer" se expresaba con parecidos sonidos; así, hasta el comienzo de los tiempos. La conclusión es que no hay ninguna razón interna para que a ciertos sonidos corresponda necesariamente una significación; esto sólo acontece en la onomatopeya (voces imitativas de ruidos), que tan escaso papel desempeña en las lenguas. Nos es desconocida la causa de haberse aplicado por primera vez un nombre a las cosas; prescindiendo de la creencia mitológica de nombrar los seres, la ciencia no sabe nada sobre ese punto. El hombre, desde que dispuso de sonidos bucales, motejaría dos objetos de su alrededor con sonidos y expresaría con ellos sus estados psíquicos; desde el momento que un hombre comprendió la relación que su semejante establecía entre un sonido y un objeto o un estado de ánimo, estaba creado el lenguaje (1). Compárese el papel que desempeñan los gestos, más desarrollados a medida que la gente es menos culta; la relación con su significado es tan arbitraria como la del lenguaje: para expre-

sar la idea de "marcharse", nosotros chascamos el pulgar con el dedo de en medio, y un francés, para expresar lo mismo, pega con la mano derecha en el dorso de la izquierda.

Por consiguiente, si la investigación de la razón última de por qué a unos ciertos sonidos va afecta una determinada significación no conduce a nada, hay que tomar un punto de vista, puramente psicológico, y preguntarnos, cómo dada una correspondencia entre una palabra y su significado, se rompe esa relación y la palabra comienza a significar otra cosa. Nuestra atención se traslada, casi por completo, a los fenómenos que ocurren en el espíritu, pues lo que hay que averiguar es cómo gira nuestra mente, y da a una palabra un sentido que no tenía; por eso la semántica debe definirse en realidad como la ciencia del cambio de significaciones de las palabras. En ella intervienen tanto la psicología — conocimiento de las condiciones permanentes del pensar — como la filología — estudio de la evolución histórica de la cultura reflejada en el lenguaje.

Eludiendo complicaciones, puede decirse que el cambio de significación está motivado por una de estas dos razones capitales: I, cambio de la naturaleza del objeto significado; II, modificación de nuestro estado subjetivo, respecto del objeto. Por ejemplo, la palabra *corasa* deriva de *coriacea*, que en latín significaba "cosa de cuero"; sin embargo, hoy se aplica al vestido de acero que usaban los guerreros antiguos, a la cubierta acerada de los barcos, etc. Lo que ha ocurrido es muy sencillo: las corazas primitivas eran de cuero; cambió el objeto de naturaleza y siguió empleándose el mismo nombre (1). Hoy llamamos "lámparas" a las eléctricas, que carecen de aceite y torcida; "subsecretario", al inferior del ministro, aunque éste no sea ya "secretario de despacho", etc., etc.

Los cambios más complicados son los

(1) Compárese con lo que ha ocurrido en nuestros días con el vocablo *sicalipsis*: unos hombres de buen humor lanzaron la palabra en Barcelona, en condiciones que se veía muy bien que se referían a lo picaresco sexual, y nadie vacila hoy sobre su significado. (A no ser que venga alguno y la derive del vascuence.) El esperanto demuestra cómo se llega a crear un lenguaje artificial.

(1) Para mayor exactitud hay que decir que al cambio de la naturaleza del objeto acompañó una mutación en la forma de representarse al objeto: *coraza* no era sólo un indumento de cuero, sino un arma protectora, y este aspecto general convenía lo mismo a la coraza de cuero, que a la de acero, que a la cubierta protectora del buque, etc.

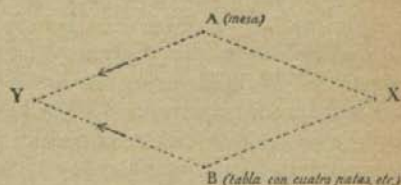
de la segunda especie, ya que son infinitos los motivos que pueden hacer que nuestra mente varíe el rumbo de sus representaciones. En general se trata de asociación de representaciones, pero a veces hay que recorrer un largo camino antes de atar los puntos extremos.

La palabra *estantigua*, según el Diccionario académico, significa dos cosas: "visión o fantasma" y "persona muy alta y seca, mal vestida"; dice ese libro que es contracción de *hueste antigua*; buscamos en *hueste*, y significa "ejército en campaña". Como se ve, es algo complicado comprender como un "antiguo ejército en campaña" puede venir a dar en "persona muy alta y seca, mal vestida". Es muy ameno este Diccionario de la Academia (1). La explicación hay que buscarla en otra forma; según el lenguaje de la Iglesia, Satanás era llamado "hostis antiquus", es decir, enemigo antiguo del género humano; y este concepto del diablo hizo que la superstición popular llamase "hueste antigua" a las procesiones de aparecidos durante la noche; en las novelas de Valle-Inclán, que se desarrollan en Galicia, aún hay quien habla con terror de esa *hoste* demoníaca (2). Esa superstición perdió fuerza, dejó la palabra de aplicarse en ese sentido, y quedó sin asidero, situación crítica en que a las palabras suceden las más extrañas aventuras. *Hueste antigua* se redujo, en efecto, a *estantigua*; y el recuerdo vago de su significación primitiva suscitó

asociaciones confusas con conceptos que alguna relación tenían con apariciones y demonios: fealdad, aspecto desagradable o repulsivo, etc. Compárese lo que sucede con *astroso*; originariamente significó el nacido bajo mal astro o estrella, y ahora, "sucio o desaliñado".

Una circunstancia que influye notablemente en estas mutaciones, es que descubramos una relación (real o supuesta) entre la palabra, y algo que, por cualquier razón, nos interese más que el significado comprender cómo un "antiguo ejército es que acaba por perderse el sentido primero y lo reemplaza el adventicio. He aquí ejemplos. La palabra *ponzoña* significa hoy "veneno", en cualquier forma; la palabra latina *potionea* de donde procedía, significaba "bebida", pues se relaciona con *potare*, beber" (de ahí, *potable*). Ahora bien; los venenos se administraban generalmente en bebidas, y eso hizo que la atención se fijara en el carácter venenoso con más interés que en el líquido; y acabó por borrarse la imagen de esto último, y quedó sólo la de veneno.

Vamos a expresar gráficamente el proceso que generalmente se realiza en el cambio semántico, colocándonos en el punto de vista del pensar popular (1). Supongamos que Y es el que habla, X es el que escucha, A la palabra y B la representación que suscita. Lo normal es que X al percibir la relación entre A y B la reproduzca en forma análoga



cuando sienta la necesidad de proyectar su representación de "mesa" al exterior. Estas relaciones se alteran menos a medida que son más usadas y que es más

(1) Yo no creo que el Diccionario de la Academia, de carácter elemental, deba dar etimologías, y es inadmisibles que escriba las cosas a medias como en este caso, y las desnaturalice, o que, francamente, diga enormidades: *Gallofa* comida que se daba a los pobres, viene según la Academia del latín *gallus* «galo» y de *offa* (griego) «sopa». Muy divertido.

(2) Véase como aparece expresada esta superstición en la *Crónica general* de Alfonso X: «Los caballeros siempre avien a andar armados, et dixieron: nos queremos semejar a los de la *hueste antigua*, que nunca cansan de día nin de noche». Edic. M. Pidal, p. 398. En cambio en el siglo XVII, ya se nombra de otra manera dicha institución:

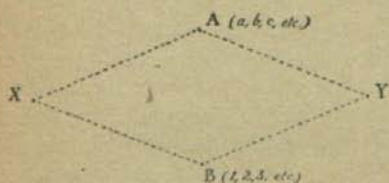
«D. JUAN. Si Bonete, sígueme,
porque ya va anocheciendo.
BONETE. Aun esto estará mejor,
porque vendrá por lo menos
la *ronda de los demonios*,
y cargará con el muerto».

Belmonte, Rojas y Calderón, *El mejor amigo el muerto*, acto I, esc. VIII (Rivadeneyra, tomo XIV). Véase mi edición de Quevedo, en «Clásicos castellanos», pág. 156.

(1) No hablo de los cambios de significado conscientes, realizados por gentes cultas (*teléfono*, etc.). A los lingüistas interesan sobre todo los procesos inconscientes, que se realizan en el fondo del alma de los pueblos, y que han producido los más profundos cambios en la forma de los idiomas. Lo otro es como la telegrafía respecto de la pintura, puede ser su estudio de gran interés, pero ya en un plano distinto.

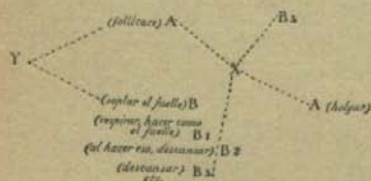
simple y evidente el carácter de B; la palabra *padre* subsiste casi inalterable en los idiomas indogermánicos, desde miles de años antes de Cristo hasta hoy: en antiguo sánscrito *pitar*, en griego *pater*, en latín *pater*, en antiguo alemán *fater*, etcétera; y no ha habido variación en el significado que se le da. Lo mismo ocurre con *mano*, *madre*, *pie*, *cuerno*, etc.

Pero en la inmensa mayoría de los casos no ha sucedido así; ni A ni B son unidades absolutas que no admitan fragmentaciones o complicaciones indefinidas. La realidad de esto puede concebirse así:



X (nuestro escucha), al reproducir ese proceso puede establecer relaciones entre a y B, con tanta facilidad como entre A y Y; y desde luego puede decirse que las relaciones de este tipo son las más numerosas y esenciales. Téngase en cuenta que nuestras representaciones de los objetos no tienen contornos precisos más que cuando se refieren a cosas sumamente simples, y aun así, hay casos en que una cosa de realidad sencilla puede pensarse de varias formas (en otro caso, las cosas no tienen realidad exacta sino dentro del pensar científico). Lo corriente es que sean infinitas las posibilidades relacionadas con el objeto, y que al atraer Y nuestra atención sobre B, nosotros no lo relacionemos precisamente con B, sino con cualquiera de los puntos conexiónados con B por *cualquier* motivo: desde B₁ hasta B_n.

Apliquemos la teoría:



Claro está que este esquema resume un complicado proceso; no sabemos qué gra-

dos intermedios ha habido en la realidad; pero ese ha sido el resultado, y por eso el latín *follicare* significa hoy *holgar*. Para el caso es lo mismo que Y sospeche las posibilidades de desarrollo de B, o que ese desarrollo sea peculiar de X, que en este caso representa la mente popular con todas las complicadas vueltas que puede dar a la representación de un objeto. Un buen ejemplo es el significado corriente de *álvido*, que aún no ha entrado en el Diccionario, pero que va generalizándose rápidamente; para casi todo el mundo *período álvido* significa "período culminante", aunque el Diccionario diga que significa "frío". Ese es el sentido etimológico, pues en latín, *álgidus* es frío. Lo que ha ocurrido es lo siguiente. Hay enfermedades, como el cólera, en que un síntoma es la frialdad de la piel; los médicos llamaron a eso *período álvido*, con toda exactitud; pero el oyente no vió en la palabra una referencia a ese momento patológico, sino al estado de gravedad del paciente, que generalmente iba seguido de muerte, en conexión con aquel momento. Se dirá que la interpretación del oyente no es muy exacta, y que ha establecido una asociación meramente externa (1), y no ha desarrollado debidamente el contenido de la representación *álvido*; pero así ha hecho muy a menudo la conciencia popular, que ha llamado, por ejemplo, *ramera* a la mujer de mala vida que moraba en casas en cuya puerta había un ramo colgado. La antigua palabra *trovar* (como el francés *trouver*, "encontrar") de donde sale *trovador*, etc., parece ser que procede del latín *turbare*, empleado en el lenguaje de los pescadores; se empezó diciendo "turbar el agua, agitarla, para encontrar el pez", y como entre el *turbare aquam* y el encontrar el pez había una correlación, *turbare* (francés *trouver*), pasó a significar encontrar en general.

El otro procedimiento de que antes hablé es inverso a éste; en vez de pasar a designar una palabra algo en relación con el significado primario, acontece que

(1) Este caso puede explicarse también por comprensión inmediata de *álvido*, compárese con aquel negro que preguntaba por qué los blancos llamaban *armófera* al sol.

lo significado se refiere a otra palabra unida o relacionada con la fundamental; he aquí el esquema con un ejemplo:



En latín se llamó a la manzana, *malum Matianum*, por el nombre del dueño del predio en que se producían unas excelentes manzanas; y vino a perderse el nombre principal que era *malum*, y sobrevivió únicamente la palabra añadida. Aquí influiría naturalmente el interés de hacer resaltar la procedencia del fruto, pero el mecanismo del cambio es eso. Ac-

tualmente, *moca* concurre con *café*, pero no ha logrado anular a este último.

Un ejemplo poco decente, pero de interés lingüístico, es la denominación que los judíos de Oriente, que hablan español, dan al trasero: *compredón*. Como al nombrar esa parte del cuerpo solía añadirse: *con perdón*, esto último acabó por sustituir a la palabra anterior. La razón aquí sería eufemística, para no pronunciar una palabra que se considera sucia.

AMÉRICO CASTRO

La Casa Editorial Calleja remite gratis sus catálogos.

EL ORIGEN DE LAS PIRÁMIDES

La opinión más comúnmente admitida respecto del origen de las pirámides, es que éstas proceden de los túmulos dolménicos.

Efectivamente, teniendo en cuenta el destino de unos y otros monumentos, su aspecto de conjunto y la disposición in-



Dolmen con galería.

terior, la semejanza salta a la vista, y todo hace creer en su parentesco inmediato. Una gran cámara interior hecha con bloques de piedra sin labrar, de mayor o menor tamaño, con frecuencia de proporciones colosales, en el dolmen y la misma cámara, ya construida con sillares de labor perfecta, ya labrada en la roca viva, y a mayor profundidad que los cimientos, en la pirámide.

Otra semejanza a notar es la galería que a ambas cámaras conduce, en el dol-

men construida con losas toscas e informes, y en la pirámide con sillares de labor perfectísima.

El destino de ambas cámaras es el mismo, como nadie ignora. Se trata de cámaras sepulcrales.

Hasta aquí todo va bien. Pero al estudiar el exterior, el parecido ya no es tan completo. Si bien las dos semejan pequeñas colinas, la pirámide está construida con piedras perfectamente labradas y afecta la forma prismática, y el túmulo dolménico es un montón de tierra que cubre la cámara, envolviéndola por com-



Pirámide de Meidum.

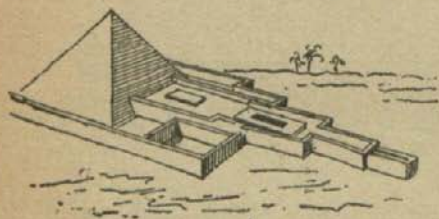
pleto, y tiene la forma cónica. Algunas veces rodean este cono varios anillos formados por piedras toscas, colocados a diversa altura, con el objeto de evitar que se desmorone. Estos círculos se llaman en arqueología *cromlecs*.

Esta diferencia de material y de for-

ma en el conjunto de estos dos monumentos, es el primer detalle en que precisa fijarse para decidir del origen de la pirámide. La diferencia del tamaño entre la *gran pirámide* de Gizeh y el corriente de los túmulos (extraordinariamente inferior), no es punto en que debemos fijarnos, puesto que hay otras muchas pirámides de tamaño mucho más reducido, llegando algunas al exiguo del de un túmulo corriente: unos seis metros de elevación.

Es en otro orden de ideas donde tenemos que penetrar, para venir a averiguar si efectivamente la pirámide procede del dolmen.

El período de las armas de piedra pu-



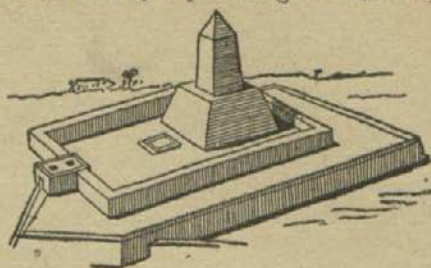
Pirámide de Nausirriya.

limentada, o sea lo *era neolítica*, como dicen los geólogos, es la época a que corresponden los dólmenes, época de barbarie y manifiestamente anterior a la de las pirámides, monumentos perfectos y que revelan una civilización muy adelantada. El Egipto pasó por esa civilización de la piedra, como lo revelan diversos monumentos megalíticos que allí se descubrieron, entre ellos el famoso cromlec con dolmen en el centro, que existe cerca de Elefantina, en los confines de la Nubia con Abisinia.

Pero esta civilización parece haber muerto allí sin haber evolucionado por sí misma hacia otro estado más perfecto, como si hubiese sido abandonada para seguir otra ruta, tomando para ello un nuevo punto de partida.

Los monumentos más antiguos que del Egipto se conocen, después del cromlec de Elefantina, son los castillos, palacios, templos y sepulcros tinitas, en Abidos, y éstos no son de piedra, sino de adobes, y pertenecen, tanto por su procedimiento como por su disposición arquitectónica, a una civilización diferente: a la civilización del barro. Cuando esta civilización

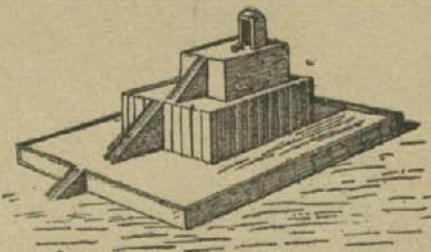
estaba en pleno desenvolvimiento, por los comienzos del régimen faraónico, fué cuando súbitamente, sin que las causas que lo motivaron nos sean hasta hoy conocidas más que por conjeturas, se ope-



Templo solar de Nausirriya.

ró un cambio radical en la política y la manera de ser del pueblo egipcio, y apareció la primera pirámide. Esta pirámide es la llamada *escalonada* de Saccarah. El faraón Zosiri, que ya había hecho construir su sepultura de barro, según el modelo corriente de las construcciones tinitas, en Beirut Khallaf 4, fué el que hizo construir después esta pirámide de piedra. Perteneció este rey a la III dinastía.

Un cambio tan radical y repentino revela una revolución que se operó en el pueblo egipcio, revolución que segura-

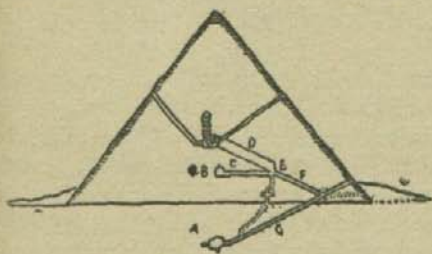


El Zigurat de Oru.

mente afectó por igual al estado político y al estado de conciencia de aquel pueblo.

La sepultura tinita era de barro, estaba construída a flor de tierra, y a flor de tierra también tenía todos sus departamentos. Su planta era rectangular y su elevación escasa. La pirámide de Saccarah, en cambio, es casi cuadrada y tiene de elevación 57 metros, y la cámara sepulcral la tiene debajo de tierra, a gran profundidad, y a la que se llega por medio de unas galerías complicadas, interrumpidas por pozos profundos para dificultar su acceso.

Un cambio tan brusco, un nuevo sistema de construcción tan diferente y en un estado de adelanto tan notable, no puede improvisarse. Evidentemente esta arquitectura fué importada allí, llegó de



Sección de la Gran Pirámide.

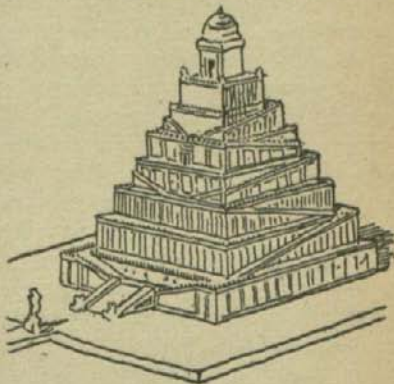
fuera, y el país de su procedencia no podía ser otro que el Sinaar, junto a la desembocadura del Eufrates.

La forma, el sistema de construcción es el mismo que el de los *sigurats* o templos caldeos. La planta rectangular y no cuadrada, como la tienen las pirámides; la construcción por macizos escalonados y, finalmente, la plataforma sobre que se eleva formando recinto a la vez, son todos los caracteres distintivos de los templos del imperio llamado babilónico.

Por no alargar demasiado este artículo, no aduzco otras razones de carácter étnico que reforzarían este aserto. Baste decir que comparados el dolmen y la pirámide, se advierte desde luego la distancia inmensa que separa un monumento rudimentario de una construcción per-

fecta, y que del uno al otro sería imposible pasar sin tanteos, construcciones intermedias que sirvieran de eslabón, y estas construcciones en Egipto no se encuentran.

De la pirámide de Saccarah se pasa a la de Meidum, y de ésta a la pirámide y el templo de Maosirrya, hasta que se llega a la pirámide de Giezeh. Esta gradación ascendente se ve perfectamente; pero la que necesariamente tenía que verificarse para llegar desde el



Tipo de Zigurat (el babilónico).

dolmen hasta la pirámide de Saccarah, no aparece por ninguna parte.

A mi juicio, pues, el origen de las pirámides egipcias está en los zigurats del Sinaar y del Acad, monumentos que no tienen absolutamente nada que ver con el túmulo dolménico.

MANUEL ANGEL

MALES DE LA EMIGRACIÓN

LA trágica actualidad de la guerra que, aun siendo nosotros neutrales, se nos impone en lo material como en lo espiritual con un conjunto de graves problemas políticos, económicos, raciales y hasta étnicos, ha hecho que se descuide, o al menos se aplaze, resolver otras cuestiones importantísimas de orden social y de máximo interés nacional.

Eso está ocurriendo con el magno, y por lo visto endémico, problema de la emigración, denunciado en sus detalles más dolorosos hace mucho tiempo, estu-

diado oficialmente mil veces, objeto de infinitas disposiciones legislativas y singularmente de la Ley de 21 de Diciembre de 1909.

En su origen, la emigración española depende de nuestra decadencia económica acentuada por el fracaso de las clases políticas directivas. Depende, asimismo, de la tradición que hace soñar al español con el oro de América; de la facilidad de las comunicaciones; de su abaratamiento, explotado por las Empresas de transporte de emigrantes y no tanto de

nuestro supuesto espíritu aventurero como de nuestra incultura arriesgada que prefiere lo incierto a lo seguro, la lotería al vivir modesto por el trabajo en casa. Hizo bien, a nuestro juicio, la ley de 1907 no poniendo a la emigración, *consecuencia*, demasiadas trabas. No se emigraría si no hubiese, hasta cierto punto, justificación, si saneáramos nuestra economía y supiéramos vivir bien de lo nuestro.

Pero hizo mal el legislador en fabricar una máquina puramente policíaca, de papeles, juntas y requisitos, descuidando añadir al saneamiento del *transporte de emigrantes* (nervio casi único de la Ley) una buena y constante política de la emigración que, partiendo del hecho de que los españoles emigran, procuraran sacar para ellos y para España el mayor fruto posible, velando, además, por que *cueste lo que cueste y pase lo que pase* ningún español sea tenido por vil mercancía en el extranjero.

Desde 1907 la emigración aumentó. Los que se figuraban que la Ley era un dique y no lo que es; un expediente tutelar del decidido a emigrar, se escandalizaron. No reparaban que España seguía sin reorganizar su economía, al paso que América ofrecía a los braceros de todo el mundo los esplendores de su máxima riqueza natural. La Ley no podía hacer milagros, tal como se concibió, y no los hizo. Los emigrantes, al amparo de aquella, se iban a millares, pero mucho mejor tratados que antes. No discutamos si eso es bueno o malo, si contiene o si fomenta. Sólo repetiremos que la emigración obedece a causas hondas y no susceptibles de solución parcial e inmediata, y añadiremos que la Ley respondió en parte a un sentimiento de decoro nacional y de humanidad.

Lo que ha faltado y sigue faltando es una discreta política de la emigración, principalmente por medio de acuerdos y convenios con los países a los que van tantos vigorosos brazos españoles.

La crisis general provocada por la guerra ha cohibido la emigración a los países del continente americano, suspendiendo por ahora la alarma que esa emigración nos producía. Pero tenemos en

cambio dos corrientes graves, lamentables, tan descuidadas como las que verían en la Argentina o el Brasil: la emigración a Francia, de la que nos ocuparemos especialmente en otra ocasión, y la emigración a Cuba.

De ésta tenemos impresiones dolorosísimas, sobre todo en lo concerniente a la emigración femenina. Los braceros españoles que se trasladan a Cuba, así como los trabajadores manuales cubanos, aceptan cualquier género de ocupación. Si apreciarles es darles trabajo aprovechando su sumisión, se les aprecia; mas si entendemos que el español no es una simple máquina barata, debemos aspirar a que nuestras obreras no pasen como carentes de amor propio o buscadores de los despojos de otras colonias europeas instaladas en Cuba.

Pero más grave es lo que ocurre con las mujeres españolas, sobre todo con las que proceden de Galicia.

Burlando la Ley unas, al amparo de su letra otras, salen de aquí millares de jóvenes reclutadas o estimuladas por la codicia familiar, y de ellas un elevadísimo tanto por ciento, cae en la horrible sima de su deshonra.

Pasan muchas antes por el servicio doméstico, banderín de enganche por las crecidas soldadas que allí se abonan, pero, aun entre las que conservan esa colocación, se dan muchos casos del escandaloso tráfico.

Se ha llegado al caso de que las sociedades españolas de socorros mutuos, tan patrióticas y ricas, se nieguen a admitir en sus hospitales a esas mujeres en vista de que sus únicas enfermedades eran de cierto género o sólo pedían el ingreso para atenciones de maternidad.

Y se nos asegura que una de las causas que más contribuyeron a que las Sociedades españolas cerraran las puertas, es el contingente de mestizos, hijos de jóvenes españolas.

Ante semejantes hechos la alarma y el disgusto de la colonia española son muy grandes. Hasta por dignidad de la raza, se acogerían con satisfacción medidas que evitaran en lo posible lo que viene sucediendo. ¿Quién podrá defender la libertad de emigrar en estas condiciones?

Si existen en España padres desalmados, agentes infames y muchachas de dormida sensibilidad moral, ¿hemos de dejarles que aprovechen los recovecos de la Ley o que fuera de la misma Ley se cubran de ignominia y cubran también el nombre español?

Esperar el remedio de una reforma legal de fondo (modificación de los preceptos del Código Civil sobre pérdida de la patria potestad, sobre todo), es un expediente dilatorio, aunque conveniente para lo futuro.

Lo que urge es tomar de momento resoluciones radicales en el sentido de prohibir la emigración en absoluto a las mujeres expuestas, o dispuestas al comercio innoble, y de repatriar a las que de un modo más escandaloso lo practiquen.

Por razones de salud física se han prohibido, con arreglo a la Ley, otras corrientes emigratorias. Prohibase ésta por razones de dignidad nacional y gestione el Gobierno cubano que evite por su

parte, si le interesa, ese núcleo de emigrantes, cuanto criminalmente se hace con él, con menosprecio del sexo, de la pobreza y de la nacionalidad.

Hace unos años, un ilustre político español se atrevió a indicar dentro de lo conveniente en la política realista, los fueros de la arbitrariedad.

Si ahora que la arbitrariedad casi ha tomado carta de naturaleza jurídica en la gobernación de los pueblos, detiene a España en casos como el expuesto un escrúpulo legalista o una rémora burocrática, habrá que pensar que en el extranjero no nos va a quedar ya ni la consideración respetuosa de nuestra tradicional hidalguía; porque pueblo que tolere a sabiendas que sus mujeres sean explotadas en el extranjero en la forma indicada, demostrará tener la conciencia dormida si no muerta.

PEDRO SANGRO Y ROS DE OLANO

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTON LEROUX

RESUMEN DE LOS FOLLETINES ANTERIORES: Un académico francés, Francisco Gaspar Ozoux, y su sobrino Raimundo, llegan al puerto del Callao. Va el primero con una misión científica, a estudiar las antigüedades incaicas. El joven, ingeniero, más que el interés de su profesión, le lleva al Perú su amor por María Teresa, hija del marqués Cristóbal de la Torre, a la que conoció en París, donde ella se educaba. Vuelta al Perú, al morir su madre, se pone al frente de una explotación de guano, que rige con claro talento mercantil, mientras el bondadoso marqués, harto poco aficionado a quehaceres materiales, se dedica a vagos estudios históricos. Corre el ingeniero, dejando a su tío desembarcar con su impedimenta, en busca de María Teresa, a quien encuentra en su oficina. Por una colisión con los obreros chinos, acaba de despedir a sus empleados indios, el principal de los cuales, Huáscar, que pertenece a la casa desde los tiempos de la madre de María Teresa, es muy respetado por todos. Salen los jóvenes hacia el puerto para recoger a Francisco Gaspar, y María Teresa, por precaución, da aviso al inspector de policía de la marcha de los indios, cuya ausencia se advierte por todas partes. Pero se justifica por la proximidad de la fiesta del Interaymi, que los quichuas celebran cada diez años y que a la sazón tiene inactivos al ejército presidencial y a los revolucionarios del pretendiente García, porque uno y otro emplean tropas indias. Llegados al puerto, encuentran al académico francés.

Van juntos a Lima, y sigue preocupándoles la ausencia de indios. En una calle les corta el paso Huáscar, que, ante las preguntas de María Teresa, sigue haciendo protestas de amistad. El marqués Cristóbal de la Torre, su hijo Cristóbalito y dos ancianas, la tía Inés y la dueña Irene, reciben a los viajeros. Ellas refieren a Francisco Gaspar la supervivencia de las costumbres antiguas que exigen, en la fiesta del sol, el sacrificio de una joven de la raza conquistadora, a quien por eso llaman la «Esposa del Sol». A la elegida le envían antes, misteriosamente, una pulsera. Diez años antes, desapareció en tales circunstancias María Cristina de Orellana, de una de las principales familias. En esto un criado trae, certificada para María Teresa, una cajita en que está la pulsera de «La Esposa del Sol». Nadie sabe quién la ha enviado. Creen en la broma de algún pretendiente desdénado por María Teresa; pero éstos lo niegan. María Teresa, para tranquilizar a su padre, pide a Raimundo que diga que ha sido él quien envió la pulsera. Salen luego a visitar en los alrededores unas excavaciones famosas: Son las de la necrópolis de Ancón, y entre los restos humanos que hay en ella ven tres cráneos, de extrañas formas, uno como un pilón de azúcar, otro como un capote y otro como una maletita, que son las que se imponían, desde niños, a los sacerdotes que habían de ser sacrificadores. En la fonda, María Teresa, cree ver, al quedarse a solas en su habitación, los tres cráneos, sobre personas vivas, tras los cristales de su cuarto. Arroja al mar la pulsera del Sol, pero al otro día se despierta, horrorizada, con la pulsera otra vez en el brazo: una criada india dice que la halló en la playa y se la puso de nuevo a su

señorita, que ya no se desprende de ella. Deciden pasar, embarcados primero y después en ferrocarril, a Cajamarca, con gran entusiasmo de Francisco Gaspar, que anhela ver la antigua ciudad inca. Un viajero, de tipo indio, pero vestido correctísimamente a la moda, trata conversación con ellos: es Huayna Capac Runtu, descendiente de los incas, y empleado a la sazón en el Banco francobelga de Lima, que va a la fiesta del Interaymi. Contemplando el paisaje, evoca la época de la conquista, en que un antepasado del marqués, a las órdenes de Pizarro, luchó con los antepasados suyos. El diálogo está a punto de hacer que vengan a las manos el indio y el marqués, cuando el tren llega al extremo de la línea. Hay que acampar de noche, para terminar a lomo de mula el viaje hasta Cajamarca. El indio desaparece, pero a media noche María Teresa le sorprende en coloquio con Huáscar, cuya presencia allí no sospechaban. Al otro día, de camino Huayna Capac vuelve a unirse a ellos y lo explica por el interés ante lo peligroso del trayecto, durante el cual vuelve él a sus evocaciones de la conquista. Los viajeros ven que Huáscar, a caballo, sigue por las cumbres la marcha del tren, hasta que llegan al valle de Cajamarca, y entran al anochecer en la ciudad. Allí, la afluencia de indios, prueba que las fiestas de aquel año han de ser muy solemnes. En la oficina de Correos, a donde van para indagar quién envió la pulsera del Sol de Oro, les dicen que fué «Atahualpa». Sol es el nombre del último rey inca, cuyo palacio van luego a visitar. Está lleno de indios, a quien había un sacerdote, primero en Gnidma, y, al ver a los viajeros, en español, refiere la muerte del Atahualpa, la codicia y la crueldad de los conquistadores. Sus palabras excitan al auditorio que rodea a los blancos en actitud amenazadora. En esto aparece Huáscar y les abre paso: «Nadie toque a la Virgen del Sol». Inquietos, sin embargo, por el accidente, deciden salir de Cajamarca y volver a Lima, donde reanudan su vida ordinaria. Raimundo va todos los días al Callao para acompañar a María Teresa; una noche, cuando cree que él la llama se encuentra con los tres «cráneos» en su despacho mercantil.

(CONTINUACION)

El «cráneo en forma de pilón de azúcar» había saltado por el agujero negro de la ventana; y ahora los tres cráneos se inclinaban sobre ella, la sujetaban, la hacían emudecer, la inmovilizaban y la sacaban por el agujero negro de la ventana. Y aquel «boy» de sonrisa singular empujaba el volante. Y el automóvil se alejó a toda velocidad en cuanto se acomodaron en él con su carga los tres monstruos, los tres espectros horrendos que ahogaban los gritos de la «esposa del Sol» apoyando en su boca sus repugnantes manecitas de momias vivientes...

LIBRO TERCERO

En el Callao, Raimundo subía melancólicamente por la «calle de Lima» esperando que llegase la hora de ir a recoger a María Teresa. Volvía de la Dársena y pensaba en las desagradables noticias que le habían dado los ingenieros del puerto. Estos señores ingenieros de Caminos y Canales no le habían ocultado que, dada la situación política del país, no le sería fácil emprender cualquier clase de trabajo en las minas de oro abandonadas de Cuzco. Desde hacía dos días se batían al otro extremo del Perú, o hacían como que se batían. En fin, el caso era que gastaban pólvora.

El pretendiente García, a quien creían en Arequipa disponiéndose a celebrar tranquilamente sus triunfos, había conseguido sorprender con gran parte de sus tropas la retaguardia del ejército republicano acampado entre Sicuani y Cuzco. Y hasta corría el rumor de que Cuzco había caído en su poder.

Si la noticia se confirmaba, aún pasaría mucho tiempo antes de que se celebrase la paz entre los beligerantes que se disputarían el Perú palmo a palmo; con lo que el presidente Veintemilla se vería en una situación cada vez más difícil.

Ahora bien: Veintemilla, por intervención del marqués de la Torre y gracias a las negociaciones diplomáticas de la Socie-

dad francesa de las minas que debía aportar los fondos necesarios, había concedido amablemente a Raimundo Ozoux la licencia indispensable para comenzar los trabajos o por lo menos para ensayar su nuevo sifón. ¿De qué le serviría esta licencia después de la victoria de García?

Activo, tan amante de los negocios como María Teresa, Raimundo se desesperaba al pensar que seguramente tendría que esperar meses y meses cruzado de brazos, el término de una revolución que estaba aún en sus comienzos. Al llegar a la calle de Lima miró su reloj y vio que aún podía disponer de algunos instantes antes de ir a buscar a María Teresa. No quería molestarla obligándola a interrumpir sus trabajos, y sabía que tampoco a ella le gustaba que la distrajesen. Los dos se amaban con toda el alma, pero «los negocios son los negocios».

Entró para leer los periódicos, en el «Círculo de los Amigos de las Artes», que era especie de café en el que los parroquianos tenían a su disposición, completamente gratis, las principales publicaciones del nuevo y del antiguo mundo.

En aquel momento la vasta sala de la planta baja estaba llena de socios, que discutían acaloradamente acerca de las noticias de última hora. No se hablaba más que de Cuzco. El nombre de la ciudad que un tiempo fuera capital del Perú, salía de todos los labios y los habitantes del Callao que hasta entonces habían sido acérrimos partidarios de Veintemilla, comenzaban a descubrir en García algunas buenas cualidades, cuando en la calle pregonaron un periódico oficial unos chiquillos desgraciados y jadeantes, a los que el público arrebató su mercancía de las manos.

Un socio de «Los Amigos de las Artes» se subió a una mesa con el periódico en la mano, y leyó una proclama del presidente de la República, en la que aconsejaba la calma y desmentía categóricamente la toma de Cuzco por los insurrectos. Además Veintemilla anunciaba que el general García estaba encerrado en Arequipa con sus tropas,

que todos los desfiladeros de la sierra habían sido tomados por los republicanos y que éstos hostilizarían incesantemente al traidor hasta arrojarle al mar u obligarle a huir a los arenales de Chile.

En la nota oficiosa se censuraba la conducta de los indios quichúas y se atribuía a las fiestas del "Interaymi" la importancia excepcional de los motines populares en los barrios extremos. Estas fiestas seguirían su curso normal y los indios volverían a su apatía de siempre.

Entonces era cuando Veintemilla prometía dar el último golpe que desembarazaría para siempre al país de García y sus secuaces. Terminada la lectura, los "Amigos de las Artes" aclamaron con entusiasmo al presidente.

Todos eran amigos de Veintemilla. La proclama les parecía admirable. "¡Es verdaderamente magnífico!—¡Es cosa inaudita!—¡Dios mío, mucho me alegro!" (1).

Raimundo salió del Círculo un poco más tranquilo, aunque sólo atribuyese relativa importancia a las afirmaciones oficiales del periódico de la noche.

Dirigióse rápidamente al almacén situado al otro extremo de la ciudad, porque se había hecho de noche y temía llegar tarde. Penetró en el dédalo de callejones, que con tanta emoción recorriera a su llegada al Perú, callejones que ya entonces conocía sin haberlos visto jamás, hasta tal punto se había grabado en su memoria las descripciones que de ellos hacía María Teresa en sus cartas a su hermana Juana.

Desde lejos vió luz en la ventana que daba a la "veranda", y observó que esta ventana estaba abierta lo mismo que el primer día.

—Me espera—se dijo, y su corazón palpitó con mayor violencia. Dió algunos pasos más y adelantó la cabeza. Así había hecho la primera vez, así la había visto inclinada sobre sus libros con cantoneras de cobre tomando notas y alineando números en su cuaderno, en tanto que su voz clara y firme, su voz "decidida", de buena comerciante que conoce bien su oficio, decía a su interlocutor a quien él no veía: "Como usted quiera, caballero. ¡Pero por ese precio sólo encontrará usted guano fosfatado que no tendrá más que un cuatro por ciento de ázoe, y para eso!..." Oh, siempre le parecía estar oyendo aquella frase!... y no le había hecho sonreír! Al oírlo, aumentó su amor, si cabe: hasta tal punto le gustaba en la mujer, y sobre todo en la muchacha, desde que lograron inspirarle tan cordial aborrecimiento las "cabecitas sin seso" que encontraba alrededor de su hermana en salones y balnearios, la formalidad y el sentido práctico y aun comercial. Era un excelente y honrado hijo de familia burguesa, que tal vez no se enamorase de la peruana sino al

saber que era capaz de dirigir una casa de comercio. En todo caso aquello le llenó de alegría y venció su timidez. Y entonces fué cuando su hermana Juana recibió sus primeras confidencias.

"Es bonita"—había dicho Juana—. "Tiene un cerebro de hombre"—había respondido el joven.

Y, sin embargo, ¿cómo a pesar de "sus cerebros de hombre" había podido impresionarles en un momento dado, como a dos mujeres, ¡oh!, como a dos mujeres débiles y medrosas, una historia... una historia...? "Verdaderamente era una historia rara la de "la pulsera del Sol de oro"... ¿Cómo se reiría de todo aquello cuando se casase, cuando al hablar de la Virgen del Sol pudiese decir: "¡mi mujer!"

—¡Buenas noches, María Teresa!

Nadie responde. Raimundo se acerca a la ventana.

—¡Buenas noches, María Teresa!

Pero María Teresa no está allí. Raimundo se pone de puntillas, se encarama en el alféizar, mira: ¡nadie!... Y ¿qué es esto?; esas mesas caídas, esos libros, esos papeles que cubren el suelo.

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

Raimundo salta por la ventana y entra en el despacho. Enloquecido, mira a su alrededor. Grita. ¡No comprende lo que sucede! ¿Qué quiere decir aquel espantoso desorden y qué significa aquel silencio más espantoso todavía? Su voz sonora y trémula al mismo tiempo, llama a los criados. Pero ni uno solo se presenta. ¡Ni un criado! ¡Ni un guarda! ¡Ni un empleado; nadie! ¡Y las puertas están abiertas!

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

EN EL QUE TORNA A APARECER EL EXCELENTE NATIVIDAD

Raimundo sale al patio desierto y luego se precipita nuevamente al despacho. Sólo encuentra en él la certidumbre de su desgracia. Todo prueba que ha habido lucha violenta, rapto. Los muebles caídos en los rincones, la cortina de la ventana arrancada, un cristal roto. Ya no es un grito el que se escapa de la boca del desesperado joven, es un gemido ronco, son suspiros, sollozos: "¡María Teresa! ¡María Teresa!" ¡La han robado!... ¡Y ya no duda de que son los indios los que se la han llevado como una presa! Los indios de aquel Huáscar, en quien ella tenía una confianza tan grande y que la amaba, no como un hermano, sino como un admirador. ¡Ah! Raimundo había visto los ojos de Huáscar, cuando Huáscar miraba a María Teresa. Y un hombre, sobre todo un hombre que ama a María Teresa, no puede equivocarse cuando sorprende una mirada como aquella.

Raimundo, jadeante, se acerca a la ventana. Interroga la obscuridad, las tinieblas, el silencio. Y vuelve a gritar: "¡María Tere-

(1) En castellano en el original.

sa! ¡María Teresa!"... pero nadie le responde. Y ahora busca un indicio, una pista que le permita volar en socorro de su novia. ¿Cómo se habrán atrevido los miserables a cometer semejante crimen? Ve a la desdichada forcejeando entre los brazos de Huáscar y llamándole a él, a Raimundo, mientras él se paseaba tranquilamente por los muelles de la Dársena o escuchaba las necedades de los "Amigos de las Artes".

¿Por qué no iría antes a buscarla?... ¡Hubiera sorprendido a Huáscar!... ¡Ah! de aquél era de quien hubiera debido desconfiar, a aquél era a quien hubiera debido vigilar, en vez de dejarse alucinar por aquella ridícula historia de la "pulsera del Sol de oro" y de hacerse repetir, como si hubiesen sido unos chiquillos, todas las estúpidas leyendas de las "esposas del Sol"!

¡Un indio que ama a una blanca! ¡Y que desea vengarse!... ¡Aquello sí que no era un sueño!... Representábase a aquel Huáscar, la primera vez que le había sido dado a él, a Raimundo, penetrar en aquella estancia, y le veía aún en un rincón, orgullosamente embozado en su poncho y levantando la mano con aire amenazador antes de desaparecer, cuando María Teresa le despidió a él y a los suyos. ¡Todas estas ideas bullen, se agitan, se agolpan a su mente presa del delirio!... ¡Ah, poder recogerse, razonar... reflexionar, saber!... De un salto se encuentra nuevamente en la calle, apenas iluminada por un farol colgado de una cuerda en una plazoleta. Sólo hay allí puertas de almacenes, muros de aspecto sombrío, obscuridad...

¡Ah, al volver la esquina oye voces! Recuerda que allí existe una taberna, el único lugar en que hay un poco de vida en aquel barrio muerto. Corre allí. La puerta está abierta. Entra. Y se precipita sobre un hombre: el portero, Domingo, que se vuelve asustado.

—¿En dónde está tu ama?...

Domingo parece no comprender; responde tímidamente que: "creía que la señorita se había vuelto a Lima con Raimundo, como todas las noches, porque acababa de ver pasar el automóvil".

—¿Qué automóvil?

Domingo se encoge de hombros. ¡No hay tantos automóviles en Lima y en el Callao!

—¿Quién lo guiaba?

—¡El "boy"!

—¿Libertad?

—Sí, señor, Libertad.

—¿Y no te dijo nada al pasar?

—¡Oh, no me vió!

—Y tu ama ¿la viste?

—Llevaba la capota levantada... no tuve tiempo de ver nada. ¡Iba tan deprisa el coche, esta es la verdad! "¡Juro que es la verdad!" (1).

Y Domingo levantó la mano como para poner a Dios por testigo.

Raimundo le preguntó, zarandeándole:

—¿Qué hacías aquí? ¿Por qué no estabas en tu puesto, cerca de tu ama?

—Un "quichúa" me convidó a beber una copita de "pisco", de legítimo "pisco".

Raimundo le empujó obligándole a echar a andar delante de él; le sacó a la calle, le hizo entrar en el despacho, en desorden.

—¡Es "horroroso, horroroso"!... (1).

Y Domingo se disponía a tirarse de los pelos, pero Raimundo le cogió de la garganta y trató de adivinar la verdad en aquellos ojos que se salían de las órbitas, prontos a escaparse de entre los párpados como los huesos de la pulpa de las cerezas. ¿Necio o traidor? ¿Imbécil o cómplice?

Raimundo no acabó de ahogarle. Necesitaba aún algunos detalles exactos, que esperaba obtener después de aquella demostración de su fuerza. Los obtuvo inmediatamente; era indudable que el golpe se había llevado a cabo con la complicidad del "boy", aquel Libertad, un miserable mestizo a quien María Teresa había recogido por lástima y también a causa de su inteligencia, y al que destinó a cuidar el auto. La hora y el día del rapto habían sido bien elegidos: el sábado por la tarde no quedaba nadie en los almacenes.

—¿Cuando tú fuiste a beber con el quichúa, estaba ya aquí el automóvil?—preguntó Raimundo.

—Sí, señor; hacia ya media hora.

—¿Y ya estaba la capota levantada?

—¡No! Libertad esperaba solo en el pescante, como siempre.

Raimundo, abandonando a Domingo, se alejó corriendo hacia la Dársena, por el único camino que podía haber seguido el auto. La circunstancia de que el rapto se hubiese verificado en el automóvil de María Teresa, facilitaba extraordinariamente la persecución de Raimundo. En primer lugar, el auto no podía haber ido muy lejos, a causa de la falta de caminos practicables. En segundo lugar, se podía encontrar su pista inmediatamente.

Corriendo siempre, tropezó bajo un farol con un bulto que salía de un soportal con ciertas precauciones y que se manifestó muy enojado al recibir el empujón. Por el pelo rizado, por la frescura juvenil de aquella carita afeminada, reconoció Raimundo al hombre a quien, el día de su llegada al Callao, viera asomado a una ventana de aquel mismo barrio entre dos jarrones llenos de flores: el amigo de Jenny la obrera, el jefe de policía. Lanzó un grito tal y se arrojó sobre él con tal ímpetu, que el otro retrocedió asustado:

—¿Quién va?

—¡Dispénsame usted, "señor inspector su-

(1) En castellano en el original.

(1) En castellano en el original.

perior"! Soy Raimundo Ozoux, el prometido de la señorita de la Torre. ¡Unos bandidos acaban de raptarla!

—¿Qué está usted diciendo? ¡Es posible! ¿La señorita María Teresa?...

Rápidamente, en unas cuantas palabras, Raimundo puso al comisario al corriente del drama, acusando categóricamente a los indios y a Huáscar. Al comisario le contrariaba grandemente esta aventura, que venía a sorprenderle en el momento en que se disponía a ir en busca de la cena de Jenny, pero era un hombre bueno y valiente que sabía cumplir con su obligación; se puso en el acto a la disposición de Raimundo, pero le pidió permiso para subir un instante a casa de su amiguita a fin de enterarla de aquel desagradable contratiempo.

El ingeniero, desesperado, ni siquiera le respondió y siguió andando hacia el puerto, interrogando a todos los tenderos que encontraba a las puertas de sus comercios, sin descuidar el menor detalle que pudiera ponerle sobre la pista del automóvil.

Raimundo estaba persuadido de que ya no volvería a ver al comisario, pero se engañaba, porque sintió que corrían tras él y reconoció al policía.

—¿Ya no me esperaba usted? ¡Pues aquí estoy! ¡Todo el mundo puede contar siempre con "Natividad"!

Se llamaba Pérez; pero por su linda cabecita de Niño Jesús le habían puesto en el Callao el sobrenombre de "Natividad". Y él era el primero en reírse de tal mote, pues desempeñaba su difícil cargo con un buen humor poco común. Sin embargo, Natividad tenía su pesadilla: los indios. Aborrecía a los quichúas, a los que consideraba hipócritas, haraganes, viciosos y capaces de cometer las mayores infamias a poco que les incitase a ello un hombre inteligente. El golpe que acababan de dar no le sorprendía.

Un poco antes de llegar al puerto, en el momento en que los dos hombres desembarcaban en la calle de San Lorenzo, Natividad detuvo a Raimundo y le empujó contra la pared. Y para disipar las lúgubres tinieblas de la angosta calle, no había más luz que la que se filtraba por los cristales de una puerta baja, a pocos pasos de distancia. Ahora bien; aquella puerta baja acababa de abrirse y por ella había aparecido una cabeza que miraba hacia la calle con precaución. Raimundo estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. ¡Acababa de reconocer a Huáscar!

El indio silbó, e inmediatamente dos bultos surgieron del extremo opuesto de la calle como si se destacasen de las paredes. Los recién llegados iban cubiertos con amplios sombreros indios. Se acercaron a Huáscar, que a la sazón había salido a la calle, después de cerrar la puerta tras sí.

Los tres individuos cambiaron rápidamente algunas palabras en voz baja, en in-

dio "aimara"; luego los dos bultos bajaron hacia el puerto, Huáscar entró en la casa de la vidriera iluminada y la calle volvió a quedar sumida en un profundo silencio.

Durante todo este tiempo, Natividad no cesó de estrechar la mano de Raimundo, imponiéndole de esta suerte la inmovilidad. El joven temblaba de impaciencia.

—¿Qué es? ¿Qué sucede? ¿Ha entendido usted lo que he dicho? ¿Estará María Teresa encerrada allí, con ese miserable?

Natividad no respondió, pero se deslizó tras la puerta y, exponiéndose a ser descubierto, miró por los cristales. Raimundo se acercó. Desde donde estaban podían ver distintamente una sala llena de indios, los cuales estaban sentados alrededor de unas mesas, sin beber ni fumar, y guardaban un silencio extraño y terrible. Huáscar se paseaba de un lado para otro, recorriendo toda la estancia, absorto, al parecer, en los más sombríos pensamientos. De repente desapareció por una puerta que daba a una escalera que debía poner en comunicación el piso bajo con el principal. Natividad no necesitaba ver más. Tal vez temiese ser descubierto. Se llevó a Raimundo hacia un soportal.

—No sé—dijo—, ni puedo comprender lo que hacen esos indios aquí, en plenas fiestas del "Interaymi". ¿Qué significa esta reunión? La mayor parte de los quichúas del Callao se han marchado a la sierra, y no volverán lo menos hasta pasados diez días. En todo caso, no es razonable pensar que Huáscar pueda ser el autor del rapto. ¡El que quiere raptar a una noble peruana, no necesita confiar su secreto a todos los indios del Perú, que en seguida vendrían a venderle por unos cuantos "centavos"!

—¡Esperemos!—dijo Raimundo—. Seguramente encontraremos el automóvil, pero vacío. En mi opinión, Huáscar está enterado del rapto de María Teresa, si no es el autor de él. ¡No le perdamos de vista!

—No tendremos que esperar mucho tiempo—contestó el comisario escuchando un ruido que se oía al final de la calle—. Ahí están los indios, que vuelven con las caballerías y no sé... ¡Ah! pero... a propósito del "Interaymi", ¿será?... ¿será?... ¡Oh, oh!... ¡silencio!...

A la sazón resonaban contra los puntagudos guijos de la calle los cascos de los caballos que se acercaban rápidamente. El comisario y Raimundo tuvieron que retroceder más aún, y ocultándose en una callejuela que cortaba en ángulo recto la calle de San Lorenzo, y desde la cual podían ver todo lo que pasaba junto a la puerta baja detrás de la cual estaban reunidos todos los indios de Huáscar. Al ruido que hicieron las monturas se abrió aquella puerta, y aparecieron todos los indios, de pie en la sala y esperando, al parecer, a alguien, porque todos volvían la cabeza hacia la puerta.

(Se continuará).

CURIOSIDADES

PREMIOS DE FEALDAD

En un pueblecillo de Alemania, en Haschmann, se conceden, anualmente, premios en metálico a la muchacha que durante el año ha sobresalido más por su fealdad, a la más estropeada y a la mujer de más de cuarenta primaveras que haya tenido, por lo menos, dos proporciones y haya dado calabazas a los pretendientes.

El importe de los premios se saca de la renta que produce cierta cantidad que dejó al morir un rico humorista; y lo mejor del caso es que nunca los premios se han declarado desiertos.

UN CARCELERO SENSIBLE

El tío Albín, de Marsella, que fué durante algunos años guardián del castillo de If, inmortalizado por Dumas en su "Conde de Montecristo", ganó algunos centenares de francos enseñando a los curiosos el calabozo de Edmundo Dantés y del abate Faria.

Un día llegó al castillo un señor bien tra-

jeado, gordo, de pelo rizado y de color que pasaba de castaño obscuro.

El guarda le llevó al calabozo del futuro conde de Montecristo.

—Vaya, hombre, vaya — dijo el visitante — ¿conque conoció usted al buen Edmundo?

—Sí, señor, y tal lástima me daba el pobre muchacho que algunas veces le aumenté la ración y le llevé un cuartillo de vino. Ya ve usted; fué una injusticia la que con él se cometió.

—Muy bien; esos sentimientos le honran a usted. Y diga: después, cuando fué rico, ¿no le mostró a usted su gratitud?

—Ya lo creo. Aparte del dinero que me dió por el manuscrito del número veintiseis, veinte años después de su fuga me envió su retrato y el de su esposa, muy guapa, por cierto.

—Perfectamente; es usted un buen hombre y aquí tiene usted por lo que hizo por mi hijo.

Y el visitante depositó en manos del tío Albín un luis y una tarjeta en que se leía: "Alejandro Dumas".

LIBROS

RELIGION

L. PRUNEL. — *Cours supérieur de Religion II. L'Eglise*. París, G. Beauchesne, 4 fr. 45.

B. POINTUD-GUILLEMOT. — *Essai sur la Philosophie de Gratry*. París, G. Beauchesne, 7 fr. 50.

FILOSOFIA

LOUIS DIMIER. — *Descartes*. París, Nouv. Libr. Nationale, 4 fr.

GEORGES VALOIS. — *Le Cheval de Troie. Réflexions sur la philosophie et la conduite de la guerre*. París, Nouv. Libr. Nationale, 4 fr.

LITERATURA GENERAL

JEAN SÉDINE. — *Ouvres complètes, recueillies et publiées par Liliane Rothermere*. París, Messageries de Journaux Hachette et Cie, 4 fr.

J. MERLANT. — *Alfred de Musset. Morceaux choisis*. (68 gravures documentaires). París, Didier, 3 fr. 50.

ALBERT MOCKEL. — *Emile Verhaeren*. París, "La Renaissance du Livre", 2 fr. 50.

RUDYARD KIPLING. — *Des voyages et des parfums*. Trad. de René Puaux. Ilustr. gravées sur pierre par André Hofer. París, Société Litt. de France, 8 fr.

SERGE PERSKY. — *La Vie et l'œuvre de Dostoevsky*. París, Payot et Cie., 7 fr. 50.

ARTHUR LANGFORS. — *Les Incipit des Poèmes Français antérieurs au XVI^e siècle*. I. París, Champion, 18 fr.

LAURENT TAILHADE. — *Les livres et les hommes*, 1916-1917. París, Crès, 3 fr. 50.

POESIAS

PAUL ROUCIER. — *A la France*. (Premio de poesía de la Academia Francesa en 1917). París, Perrin, 0,50.

CH. BAUDELAIRE. — *Les Fleurs du Mal*. Préface de Henri de Régnier. París, "La Renaissance du Livre", 2 fr. 50.

PAUL FORT. — *La Lanterne de Priollet ou l'Épopée du Luxembourg*. París, Emile-Paul, 4 fr. 50.

TEATRO

GEORGES COURTELINE. — *Théâtre*. Dos tomos. París, Flammarion, 4 fr. cada tomo.

AUGUSTE VILLEROY. — *La Vierge de Lutèce* (Sainte Geneviève). París, Libr. Téâtrale, 3 fr.

FRANÇOIS PORCHÉ. — *Les Butors et la Finette*. París, Emile-Paul, 40 fr., 20 fr. y 4 fr.

SACHA GUITRY. — *Deburau*. París, Fasquelle, 5 fr.

GOGOL. — *L'Inspecteur*. París, Larousse, 1,50.

ARTE

CAMILLE MAUCLAIR. — *Auguste Rodin*. París, "Renaissance du Livre", 2 fr. 50.

VIAJES

MARIE REINE DE ROUMANIE. — *Mon pays*. Trad. de J. Lahovary. París, Crès, 1 fr. 75.

IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"
MARTÍN DE LOS HEROS, 65.